

# La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 4 DE OCTUBRE DE 1915

NÚM. 1.762



ESTUDIO DE MUJER, obra de Ramón Casas. (Salón Parés.)

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El pecado de Alicia*, por Antonio Heredero. — *La guerra europea*. — *Madrid. Actualidades teatrales*. — *Mitlo Florencio* (novela ilustrada; continuación). — *En la frontera de Texas y México*. — *Una fiesta simpática*. — *Libros*. — *Berlín. El monumento al mariscal Hindenburg*. — *El general Joffre en Italia*.

**Grabados.** — *Estudio de mujer*, obra de Ramón Casas. — Dibujo de Tamburini, que ilustra el cuento *El pecado de Alicia*. — Busto modelado por Bernardo Hoettger. — *Prisioneros rusos en Alemania trabajando en una fábrica de aserrar maderas del Harz, Norte de Alemania*, dibujo de A. Liebing. — *El generalísimo francés Joffre en Italia*. — *La guerra europea* (cuatro fotografías). — *Santa Isabel distribuyendo pan a los pobres durante el hambre de 1226*, cuadro de E. Blair Leighton. — *Hermanas*, cuadro de S. Melton Fisher. — *Madrid. Actualidades teatrales*. — *Barcelona. Una fiesta simpática dedicada por el fabricante Sr. Heusch a sus empleados y obreros*. — *Guardias de Texas en la frontera mexicana*. — *Berlín. La estatua del general Hindenburg*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un libro acaba de traerme el correo.

Se titula *Contra los bárbaros*, y es su autor el novelista Pablo Margueritte, hijo del general del mismo nombre, que fué un héroe de la guerra de 1870, y dió una carga de caballería, página brillante entre tantas que Francia anotó como sombrías y tristes.

Los dos Margueritte (me refiero a los novelistas que escribieron la epopeya de aquella época luctuosa), se cuentan en el número de mis buenos amigos franceses.

A medida que va transcurriendo el tiempo, la lucha prolongándose, y siendo más reiterados los augurios del triunfo alemán, y más numerosos los gráficos en que la línea teutona se acorta porque se hace recta, mi simpatía hacia Francia se define mejor, y es mayor mi anhelo de que, al finalizar esta situación insostenible (nos anuncian que ha de sostenerse aún años enteros), quede Francia en disposición de reflorcer, de mantener su altísimo puesto, de conservar la hegemonía entre las naciones latinas, y de marchar al frente de la civilización en Europa.

Sea cual fuere el resultado de la guerra, y aunque no triunfen los aliados, creo — ésta es una opinión que he oído expresar a muchos de los que piensan en tales cosas — que Francia, lejos de sufrir el aniquilamiento que le vaticinan, saldrá de la lucha mejorada en tercio y quinto.

La razón de esta predicción consoladora, la encuentran los que la emiten, en la idea de que Francia se encontraba minada y dañada por causas diversas, y, según Margueritte, entre estas causas predominaban dos, la despoblación y el alcoholismo.

Tal juicio lo emitió el autor del libro *Contra los bárbaros* diez días antes de que se declarase la guerra, en un periódico, *La Dépêche de Toulouse*, y en aquella página, con las cuales encabeza su obra, llegaba a decir que en 1934, fecha en que su hijo Pablo, hoy de edad de dos años, podrá leer el escrito de su padre, comprendiéndolo — tal vez no exista Francia.

Descontada la exageración, todavía el cuadro que pinta Margueritte es aterrador y lleva la huella de un pesimismo violento.

Se apoya en el famoso artículo de Bertillon, estadístico y sociólogo, que señalaba el peligro inminente.

Si se ha de creer a ambos, Francia se va, fenece, desangrada, despoblada.

Faltan brazos para el arado y la industria; ya, por todas partes, colonias de trabajadores extranjeros suplen a los franceses.

¡Y, al lado de la disminución de la natalidad, aterra el ogro del alcoholismo, el alcohol convertido en arma electoral, agente de corrupción!

Si las mujeres votasen, votarían contra el alcohol; pero la Revolución, que proclamó los derechos del hombre, se guardó de proclamar los de la mujer, y por eso fué infecunda.

Todo esto o cosa muy semejante lo había dicho Emilio Zola, en sus novelas *Fecondité* y *L'Assommoir*.

Coinciden los dos novelistas, aun cuando seguramente su filiación es muy diversa.

Habían coincidido ya en retratar con pincel severo las faltas, errores y abandonos culpables que trajeron la catástrofe de 1870.

La diferencia es que Zola no alcanzó esta segunda y más que ninguna terrible, y no pudo presenciar cómo su patria, a pesar de todo, a pesar del *Assommoir* y de los equívocos gabinetes consultorios de comadronas y médicos, a pesar del ajeno y del *pot bouille*, por encima de las decadencias y las perversiones, los escepticismos y las ironías infecundas, logró recoger su ideal, su antiguo ideal patriótico, y

unirse como un solo hombre, como una sola conciencia, al pisar el invasor su suelo y ver amenazada su vida nacional.

Y este espectáculo es el que produce en Margueritte transportes, en contraste con sus anteriores juicios.

Francia vivirá, será eterna.

Su porvenir diferirá de su pasado.

Se habrán acabado las luchas, las miserias políticas y no quedarán sino patriotas sinceros.

La verdad es que, si se le hubiese preguntado a muchos qué actitud sería la de Francia en la hora del conflicto, supondrían que los alemanes iban a entrar en ella como en el pellón de manteca el cuchillo.

Lo del Marne sorprendió.

Nótese que no le llamo victoria, si bien por tal la tengo.

Y es que igual los aliadófilos que los germanófilos españoles, son asaz intransigentes, y cuando sale a relucir esto del Marne, cada uno aplica el ascua a su sardina con furor.

— ¿Qué victoria ni qué alcachofa? — dicen los partidarios de Alemania. — Maniobra estratégica, en que los alemanes aseguraron las posiciones que les convenían para pasar el invierno a gusto...

Y es inútil que repliquéis, tímidamente:

— A mí se me figura, sin embargo, que mejor lo pasarían dentro de París...

No hay más remedio que decir amén.

Sí señor: los alemanes, que venían como un torrente sobre París, no traían, al parecer, más objeto que plantificarse donde hoy se encuentran.

Y si no avanzaron, fué sencillamente porque no se les antojó.

Por mucho que lo afirmen, me cuesta trabajo creerlo.

Que las posiciones en que se mantienen los alemanes sean aquellas que mejor pueden convenirles dado el estado de la guerra, es otra cosa.

Han necesitado distraer fuerzas importantísimas para hacer frente a Rusia, y habiéndolo logrado, acaso avancen por Francia, de la cual poseen diez departamentos.

Hay quien supone que esta situación se eternizará.

No lo quiera el cielo.

Si al cabo han de triunfar los alemanes, triunfen de una vez.

No será tan absoluto su triunfo, porque también notarán el horrible desgaste de la sangría suelta de dinero y hombres.

Y Francia no perecerá como suponen sus encarnizados enemigos.

Ni ése es tampoco el fin que se ha propuesto Alemania.

Vaticinar es muy fácil y nada cuesta.

A nadie le exigirán responsabilidad por las profecías.

Tal es la cuenta que se habrá echado el escritor chileno que me remite un folleto titulado *Futuro próximo del mundo*.

Yo confieso que me entretuvo su lectura.

Siempre interesa este juego de la imaginación, que consiste en adelantarse a los hechos y fantasearlos a nuestro arbitrio.

El autor del folleto, D. Arturo Benavides Santos, parece un católico ferviente y un optimista absoluto.

Sus profecías, aun las más siniestras, llevan un sello muy consolador.

Todo este gran lío europeo acabará bien, aunque por lo pronto tenga tanto de horrible, y aunque al estrago de la guerra siga el no menos atroz de una revolución vengadora.

Esta revolución será obra de las masas de hombres arrastrados a los campos de batalla contra su gusto, y que, terminada la carnicería bélica, querrán desquitarse, gozar, y para conseguirlo cometerán todo género de tropelías, destruyendo, incendiando y violentando mucho más que antes (que es cuanto hay que decir).

Pero, pasados unos pocos años, diez o quince a lo sumo, cádate que los hombres se arrepentirán, y les pesará de sus demasías; y entonces el Señor se apiadará de los humanos, y empezará la era de las prosperidades y venturas.

Escocia e Irlanda se desgarrarán de Inglaterra, declarándose independientes, y elegirán cada una su Rey y su Parlamento.

Por supuesto que tampoco las colonias inglesas seguirán sujetas a la metrópoli, sino que cada una se irá por su lado, formando diversas repúblicas.

Alemania, naturalmente, se hará tuestos.

Primero, desfilará Baviera, y en pos, los restantes Estados confederados.

El Káiser se quedará como el gallo de Morón; solamente con Prusia.

En cuanto a Austria-Hungría, descosimiento general.

Del Imperio se formarán nueve reinos.

Se ve que el Sr. Benavides concibe la salvación del mundo por desmenuzamiento, pulverización y disgregación atomística.

Los Estados Balcánicos, según él, vivirán contentos y felices, entregados a sus faenas pastoriles y agrícolas; en cambio, Rusia sufrirá nunca vista, espantable revolución.

Morirán en ella el Zar, los grandes duques y los generales y nobles. Cubrirán el territorio bandas y hordas feroces, que restaurarán la primitiva organización tribal.

En cambio, Polonia y Finlandia recobrarán su autonomía.

Francia sufrirá una suerte muy análoga a la de Rusia, y tal vez peor.

Los anarquistas harán allí el diablo a cuatro. París y las principales ciudades francesas estarán en poder de las turbas, las cuales escarnecerán y atropellarán por todos estilos a sacerdotes, seglares, doncellas y damas.

Una orgía semejante a la de la «semana trágica» se prolongará meses y años. No habrá ejército alguno.

Los apaches y tenebrosos serán dueños de la nación entera.

A diario habrá matanzas.

Por fin, «un buen día» (como se oye decir a veces) se atufarán los *Camelots du Roy*, se organizarán militarmente en un lejano departamento, y marchando sobre París, vencerán a la chusma, y proclamarán Rey de Francia al descendiente primogénito de Luis XVI, el Delfín o Duque de Normandía, que no murió en el Temple, sino que se salvó por medios muy dramáticos.

Esta suposición para lo venidero me indica que el Sr. Benavides es lo que en Francia llaman *survivantiste*, o sea partidario de la evasión y supervivencia del pobre niño.

Sobre tal asunto escribí yo una novela, titulada *Misterio*, que no cesa de aparecer en folletines interesando y conmoviendo extraordinariamente a los lectores; y no lo digo por vanidad literaria, sino como observación curiosa.

Yo escribía otro género de novelas, muy distinto, y el haber faltado a mis hábitos se debió a una especie de apuesta o porfía con un editor que me supuso incapaz de producir algo que compitiese con las narraciones de Alejandro Dumas.

Debo advertir que, habiendo encontrado el asunto de tal novela en libros de carácter histórico, que narran los lances de la vida del relojero Naundorff, supuesto Luis XVII (supuesto, o quizás verdadero) lo difícil me fué suprimir mucha parte folletinesca, o que lo parecía, y hacer más sencilla y verosímil la acción y la existencia del héroe.

En fin, el Sr. Benavides, en sus profecías, restaura en el trono de Francia a los descendientes de desdichado relojero, que viven oscuros y desconocidos, y saldrán a luz para encumbrarse a tan alto solio.

En el resto del mundo, Italia lo pasará muy mal: el rey y los nobles, los generales y el clero, como en Rusia, caerán bajo la cuchilla de los asesinos; Su Santidad, prófugo, morirá mártir; pero, en desquite, al sufrir Italia el consabido desmigue, los antiguos Estados Pontificios, bajo el nombre de Roma, se darán al nuevo Pontífice, que verá convertida y catolizada a la humanidad entera...

Lo más corriente de toda esta profecía, es el anuncio de que España también se dividirá en varios reinos.

Ya parece más sorprendente que el de Castilla tenga a Valencia por capital.

Sin embargo, hemos de estar preparados a casos extrañísimos, después de esta guerra descomunal y jamás imaginada.

Y si me dicen que Galicia, verbigracia, al constituirse en reino, tendrá por capital a Cuenca, dispuesta estoy a no mover un músculo de la faz.

¡El diablo sabe lo que nos espera!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
esta única legítima Sal de

EL PECADO DE ALICIA, POR ANTONIO HEREDERO, dibujo de Tamburini



Era el viejo castillo almenado y sombrío una estimable joya artística que dominaba el humilde pueblecito blanco y melancólico, acostado en la vega, arrullado por un manso río de balada, enguinaldado por el macizo perfumado de sus jardines y ceñido por el azahar de sus apretados naranjales.

Cantaba el río la leyenda caballerescas con su voz de cristal, y en las horas pálidas, cuando el crepúsculo ponía una densa bruma gris en las empinadas crestas de la sierra, era la obscura mole señorial como el yelmo bruñido de un guerrero que abatiese el airón para descansar de su última batalla.

Cuando los ancianos del lugar evocaban con pia-

dosa unción la epopeya de los siglos, escrita sobre los recios muros de enormes sillares, se caldeaba su sangre, y sin poderlo evitar, lanzaban la mirada inquieta de sus ojos apagados sobre la vega fresca y florida, como si temiesen que entre los naranjos aparecieran los morados alquiceles de los zegries.

¡Oh! La severidad de aquel edificio era el orgullo de los pobres viejos. Ciertamente tenía una sombría remembranza de señorío abrumador, pero los tiempos eran otros. ¡Era tan generoso el último conde!

La señora condesa viuda que lo habitaba actualmente, ¡era tan buena! Ellos apenas se daban cuen-

... la condesa continuó todas las tardes sus paseos...

J. M. Tamburini

ta, pero las alegrías y las penas del castillo eran comentadas como una cosa de familia.

Treinta años antes, una mañana de abril, olorosa y suave, el conde pasó por el pueblo en su coche de blasones, llevando a su lado a una joven rubia y pálida, de extraña belleza, que tuvo una mirada cariñosa para los colonos y contestó a sus aplausos emocionada y afablemente.

Subió la rampa del castillo sobre un mullido tapiz de rosas, y desapareció en el amplio zaguán entre vítores y aclamaciones.

Fué un poético y tímido rayo de luna en la tumultuosa vida del conde. Se les vio pasear en la muralla durante esa temporada en que el matrimonio es un enigma para los espíritus inquietos.

Súbitamente desapareció el caballero, y la condesa continuó todas las tardes sus paseos a la sombra de las almenas, perdiendo sus miradas en el horizonte, en una interrogación de angustiosa mansedumbre. Pasados unos meses fué madre y el conde no volvió al castillo. En el severo oratorio se bautizó al niño, y el capellán, por orden de la señora condesa, hizo llegar a los hogares humildes una porción de aquella alegría que venía a endulzar la soledad de su vida.

Un día, la vieja campana del castillo tuvo sonidos lúgubres, enviando como un sollozo inmenso a la pequeña aldea.

El conde, hastiado de arrastrar su título y esparcir su fortuna por los ventorros granadinos, había muerto en una montería víctima de un accidente con honores de suicidio.

La noble dama, fuerte sobre sus propias inquietudes, pagó las deudas de su esposo, redujo su vida a los más estrechos límites y se dedicó a la educación de su hijo, eligiendo como colaborador al viejo capellán del castillo, bondadoso testigo de aquel tremendo fracaso de sus ilusiones.

Mientras el niño fué creciendo, D. Manolito, como llamaban cariñosamente al capellán, fué a un mismo tiempo preceptor del infante y administrador de la reconstruida hacienda.

Aunque de modesto origen, no era un cura vulgar. Sano de cuerpo y de espíritu; tranquilo y sereno en la ejemplaridad de su misión, tenía una suave benevolencia para los ajenos defectos que le hacía querer de todo el mundo.

Había nacido en la portería del castillo. Pasó al Seminario por la voluntad de los señores, y más tarde ocupó el puesto de confianza que desempeñaba en la actualidad. Si era bueno para sus bienhechores, no lo era menos para la servidumbre. Todos le querían y le respetaban.

A veces le recriminaba la condesa, afeándole los únicos defectos que se le advertían.

D. Manolito era un fumador horrible, y en la ruina capilar de sus sesenta años había conseguido salvar el suficiente cabello para mantener sobre sus sienes una suave cortina que recordaba en él los tufos rizados y negrísimos de otro tiempo.

Cierta día, cuando el condesito había cumplido quince años, D. Manolito hizo un viaje a Granada y regresó acompañado de una niña de corta edad, pálida y bella. Tras la primera sorpresa, el misterio de aquella niña se aclaró, y Alicia, que era su nombre, fué en breve amada por todos.

Aquella niña era hija de un hermano de la condesa, que, después de una larga aventura con una florista granadina, le dió su nombre al morir y la recomendó a su hermana. Ésta se resistió en principio a llevarla al castillo, temiendo las graves consecuencias de familiaridades infantiles, y la hizo concurrir a un colegio. Allí se educó Alicia, pero una extraña melancolía alarmó a la superiora y escribió a la condesa. Se resolvió ésta después de una entrevista con el capellán y la niña fué al castillo. ¿Qué podían temer? El conde ingresaría pronto en una Academia militar y entretanto se le vigilaría cuidadosamente.

Ocho días después de su llegada, la niña recobró su alegría y su tía le cobró gran afecto.

Mientras en el jardín paseaba el sacerdote y el conde, afanados en algún complicado problema de matemáticas, la condesa, sentada en su cámara, leía un libro piadoso, y junto a ella, enredando sus dedos suaves entre las blancas hebras de hilo, musicalaba un encaje de bolillos la bella niña, de rosadas mejillas y brillante cabellera negrísima, en cuyos bandos ondulados campeaba un lazo de seda rojo.

A veces, la dama apartaba su mirada del libro y la fijaba en aquella cabeza de líneas purísimas con una tenacidad que parecía una muda interrogación.

Fué aquel un año de vigilante amor, en el cual ni la condesa ni el sacerdote abandonaron un momento la tarea impuesta. Los niños no se vieron solos jamás.

Al fin ingresó el joven conde en la Academia.

En el momento de la despedida, estrechó a su virtuosa madre, puso un beso de respetuosa gratitud en la frente de su preceptor y posando su mano sobre la juvenil cabeza de Alicia le advirtió cariñoso: — Que seas muy buena y quieras mucho a mamá. Tienes que procurar que no le apene mi ausencia.

La niña escuchó a su primo con sus grandes ojos abiertos y se refugió entre los pliegues de la bata de terciopelo de su tía.

Alicia cumplió fielmente el encargo de su primo. Aquellos tres años fueron para ella un dulce sueño del que no hubiera querido salir nunca.

La previsora bondad de su tía y la inquietud de



Busto modelado por Bernardo Hoetger

D. Manolito desaparecieron por completo. Una y otro aceptaron la gentil compañía que inundó el castillo de flores y de sol, de lo que andaba bien necesitado. La transformación fué observada por el conde en sus viajes de vacaciones, y por ello felicitó a su prima efusivamente.

El joven salió al fin oficial y fué destinado a un regimiento de los que guarnecían Madrid.

Su aparición en el castillo durante una breve licencia fué un acontecimiento para todos.

Resonaron en las amplias galerías señoriales sus espuelas de húsar, y los rutilantes colores de su uniforme se alzaron arrogantes en los soberbios salones, arcaicos y solemnes, que decoraban magníficos retratos de familia. El bizarro oficial arrastró su sable y lució su entusiasmo ante aquellos bravos guerreros de mirada dura, orgullosos en sus armaduras milanesas; paseó frente a otros, profesos santiaguistas que alzaban su capa blanca buscando con su férreo guantelete la empuñadura de su espada; y contempló por milésima vez a aquella dama de belleza serena y altiva, envuelta en niveo traje talar, que fuera allá en su época gala mística de algún jardín abacial.

Cuando tras sí cerró las recias puertas de encina con grandes incrustaciones metálicas y ganó la galería clara y riente que las flores inundaban de aroma y su prima Alicia de trinos dulcísimos, sintió que su corazón, más propicio a este fulgor plebeyo que al misterio prócer del salón, se desbordaba en ansias acerca de las cuales no tenía una idea exacta.

Y fué en aquel momento cuando le pareció su prima más hermosa. Entonces admiró cuán espléndida fué la naturaleza con Alicia y tuvo para ella en un instante frases que no había pensado en tres años.

Ella tocaba al piano un poema morisco, cuando las frases de su primo llamaron a su alma. Enrojeció su rostro, abatió la cabeza y sus manos, blancas como dos alas de cisne, amortiguaron las notas, resbalando apenas por el teclado, que suspiraba dulce sus armonías. Murió la última nota como un sollozo tenue y Alicia abandonó el asiento y gritó a su primo: — Es un párrafo muy bello. Parece un romance árabe.

Palideció el oficial, pero no tuvo tiempo de replicar. En el extremo de la galería, la condesa y el sa-

cerdote asistían severos y mudos a la extraña escena. Alicia corrió a los brazos de su tía y el conde se encerró en sus habitaciones.

Antes de marcharse el oficial, escuchó de labios de su madre algo que debió alejarle de su prima. Era una vulgar historia. Su tío, en su vida de torbellino y de locura, había tenido un momento de debilidad; pero no había que pensar en repetirlo.

Alicia era bella y su difunto padre le había salvado una dote modesta, pero suficiente. Era inútil pensar en que fuese condesa. Con esta dolorosa impresión dejó el castillo el joven húsar.

La condesa y D. Manolito aceptaron las excusas del conde, que no volvió en dos años al castillo. Se alarmaron al tercer año, y mucho más cuando empezaron a llegar extrañas y apremiantes peticiones de fondos.

El conde gastaba demasiado, y el capellán hizo a la corte dos viajes de eficacia nula.

Frecuentemente celebraban entrevistas la condesa y el capellán, cuyo significado no escapó a la joven. Se hipotecaron y se vendieron todas las fincas. No fué bastante y se tomaron dineros sobre las cosechas. El desastre económico no pudo ya ocultarse a la joven, que tuvo la delicadeza de no preguntar. El conde dejó en cinco años todo su caudal reducido al castillo y las escasas tierras colindantes, que daban lo bastante para vivir con escasez.

Un día, al leer una carta que acababa de llegar de Madrid, la condesa rompió a llorar en silencio, sin reparar en la presencia de Alicia.

— Ve a D. Manolito y ruégale que venga.

— ¿Está malo mi primo?

— No, hija mía. Anda.

Cuando entró el capellán y vió a la dama en tan deplorable estado, palideció.

— ¿Qué ocurre, mi señora?

— Luis quiere casarse.

— En buen hora.

— Usted sabe que es teniente y por virtud de la ley necesita una renta equivalente a la diferencia entre su sueldo y el de capitán, y quiere el dinero para atender a esa necesidad.

— No le hay, señora.

— Calma, D. Manuel. ¿Cree usted que darían esa cantidad por la casa?

— ¡Vender la casa! ¡Señora!

— No hay otro remedio. Luis me dice que si no se le atiende... Ahí tiene usted la carta.

— Está bien, señora. Salvemos al conde. Nos iremos a Granada. Allí podré obtener misas en alguna parroquia. Después de todo, más lo sentía por usted.

— Acepto gustosa, D. Manuel. Le aseguro que no mostraré debilidad alguna.

— Yo tenía una deuda de gratitud con ustedes, que no creía poder pagar nunca.

— ¡Usted una deuda! ¡Válgame Dios!

D. Manuel tardó un buen rato en llegar a su despacho y le encontró ocupado. En su viejo sillón estaba Alicia con los ojos amoratados y el rostro pálido.

— ¡Señorita! ¿Usted aquí?

— Yo, D. Manuel. Vengo a pedirle que me abuelva y a formular un ruego.

— ¿Qué pecado ha podido cometer un ángel?

— ¿Cree usted que soy un ángel? Pues acabo de cometer una grave falta. No he perdido una palabra de cuanto han hablado usted y mi tía.

— ¡Cuánto ha sufrido usted!

— ¿Cómo? ¿Usted sabe?..

— ¡Que si sé! ¿Pueden ocultar algún pesar sus pocos años a mi experiencia y a mi cariño?

Se hizo un silencio enojoso.

— He cometido un pecado y quiero imponerme la penitencia. ¿Basta mi patrimonio para atender a esa... bueno..., a esa necesidad del conde?

— Alicia, hija mía.

— Ahórreme usted algunas lágrimas que acabarían por ahogarme. No quiero que mi tía salga de esta casa. Quiero que Luis sea feliz.

— ¿Y si la condesa?..

— Ayúdeme usted. No necesito nada.

El capellán guardó silencio. ¿Sabría Alicia el verdadero pecado que la abatia? En la puerta del despacho apareció la condesa, imponiendo silencio con un gesto a D. Manolito, que avanzó hacia ella.

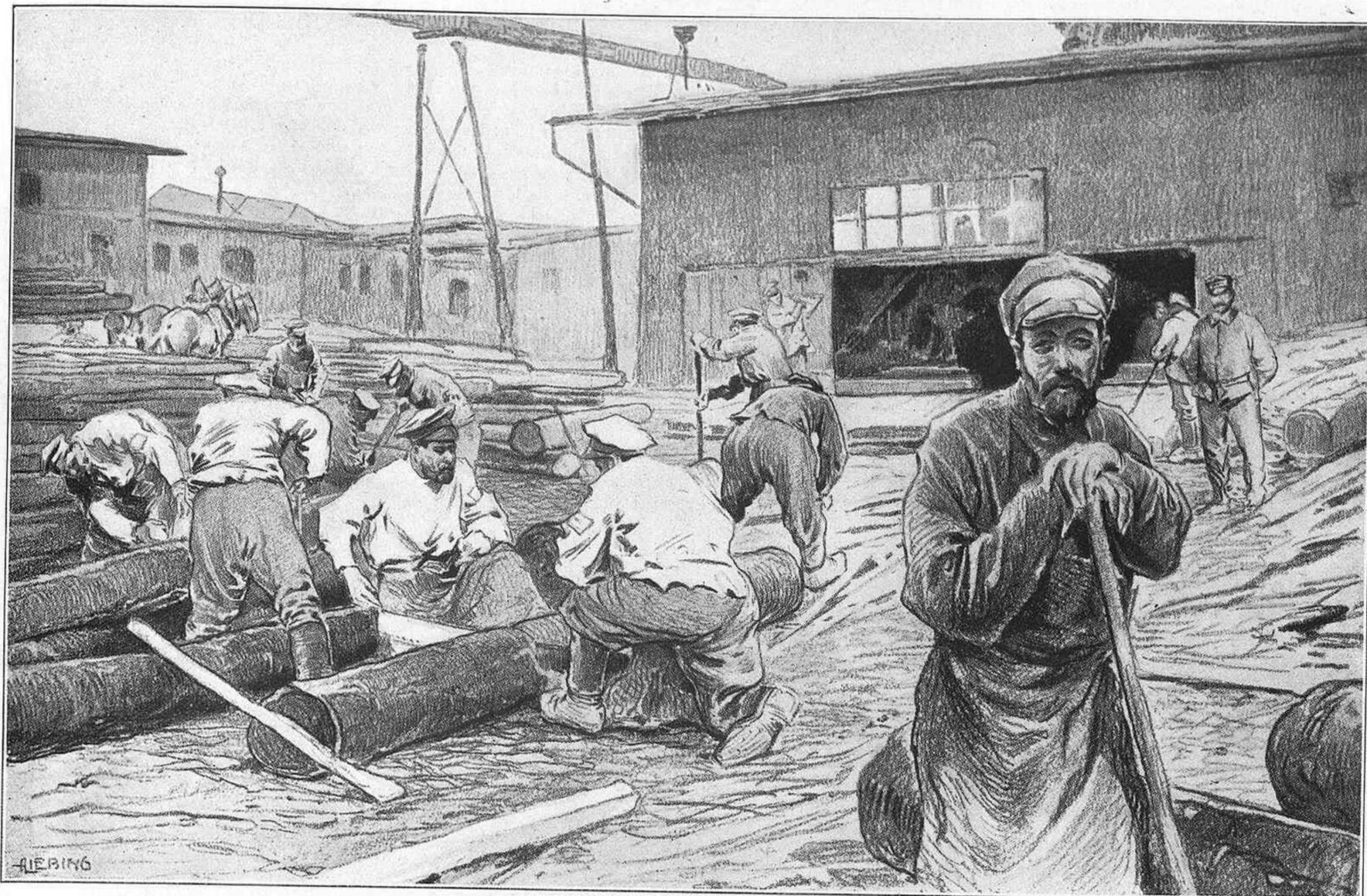
— ¡Señora!

— ¡Silencio! ¡Pobrecita! ¡Fuimos hartos crueles!

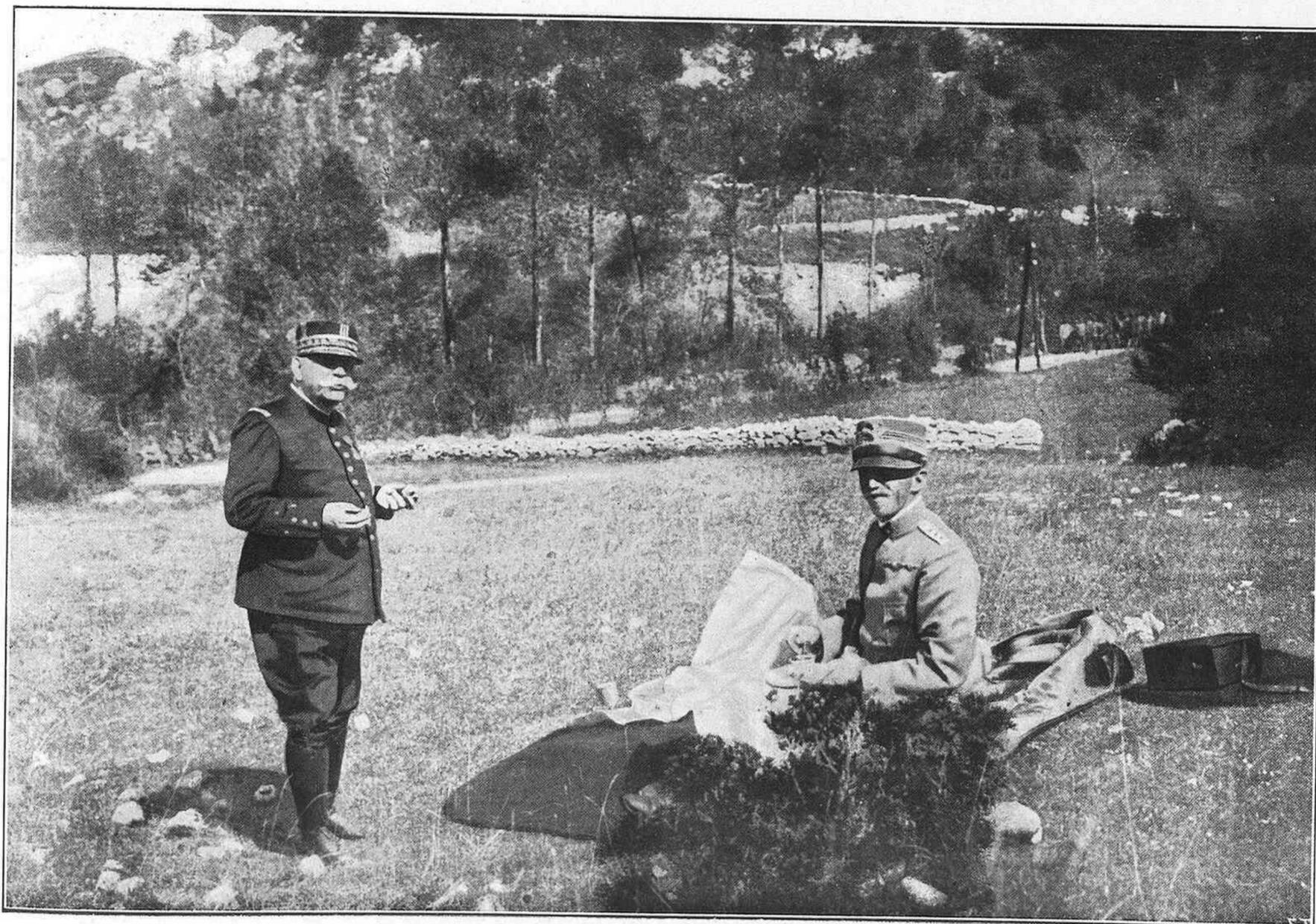
— Ciertamente.

La dama se aproximó a su sobrina y le tomó dulcemente la mano. Ambos ancianos se postraron ante la infeliz niña, y la condesa, besando aquella mano que se le abandonaba, imploró con angustia:

— Perdóname, hija de mi alma.



Prisioneros rusos en Alemania trabajando en una fábrica de aserrar maderas del Harz, Norte de Alemania, dibujo del natural de A. Liebing. (Reproducción autorizada.)



El generalísimo francés Joffre en Italia. - El generalísimo almorzando con S. M. el Rey Víctor Manuel III en Caporetto. (De fotografía. - Véase página 668.)

## LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de Hofer.)

*Teatro de la guerra de Occidente.* — Después de las luchas preparatorias de artillería sostenidas durante algunas semanas, los aliados han iniciado una violenta ofensiva en las regiones de Arrás y de la Champaña, habiendo visto hasta ahora, según parece, coronados sus esfuerzos por el mayor éxito. He aquí el resumen de las operaciones efectuadas según los partes oficiales de Londres y París.

Los ingleses han atacado las posiciones enemigas

Las demás operaciones en los otros sectores se han reducido a las siguientes: los belgas han incendiado un puesto de observación alemán y han tomado un punto de escucha enemigo en la orilla derecha del Iser, obligando a los alemanes a evacuar 200 metros de trincheras; en el Argona ha sido rechazado un intento de ofensiva de los alemanes, los cuales, si bien lograron, en Fille-Morte, llegar en algunos puntos a las trincheras francesas de primera

para romper en aquel lugar la línea alemana; y que al Norte de Mourmelon-le-Grand y en las espesuras del Oeste del Argona, violentos ataques enemigos se estrellaron contra sus tropas. Como operaciones de menos importancia dicen haber destruido varias minas al Oeste de Perthes y trabajos de zapa en Beausejour (Champaña).

También los alemanes afirman haber cogido numerosos prisioneros y algún material de guerra.



Modelo exacto de las trincheras alemanas construido en las inmediaciones de Berlín para que los ciudadanos puedan hacerse cargo de cómo viven los soldados en la línea de batalla. En estas trincheras están fiel y minuciosamente reproducidos todos los detalles de las verdaderas, viéndose en ellas los elementos de defensa y ataque, el sistema de comunicaciones entre unas y otras, las viviendas de los oficiales, las galerías, etc. Para visitar este modelo de trincheras se paga una módica cantidad, destinándose lo que se recauda a la obra de la Cruz Roja

al Noroeste de Lens, avanzando unos cuatro kilómetros, en un frente de ocho, al Este de Grenay y Vermelles; han tomado al Sur del canal de La Basée varias trincheras alemanas; han atacado al Norte del canal y después de combatir todo un día con éxitos alternativos, han ocupado las posiciones que tenían por la mañana; en un ataque cerca de Hooze, al Norte de la carretera de Menin, han ocupado la granja de Belvedere, que luego recuperaron los alemanes; al Sur de la expresada carretera, han tomado 500 metros de trincheras enemigas, consolidándose en el terreno conquistado; y finalmente se han apoderado de la posición de Loos, situada al Norte de Lens.

En el Artois, los franceses y los ingleses unidos han penetrado en algunos puntos en las trincheras alemanas del Norte de Arrás, en un frente de veinticinco kilómetros y en una profundidad que varía entre uno y cuatro kilómetros; han ocupado el cementerio y el pueblo de Souchez, el castillo de Carleul y las últimas posiciones alemanas al Este del Laberinto; han avanzado hacia Givenchy, y han conservado todo el terreno conquistado, habiendo rechazado los contraataques alemanes.

En la Champaña, los franceses han asaltado las líneas alemanas entre los ríos Aisne y Suipe, ocupando en la casi totalidad del frente las primeras posiciones del enemigo y obligando a éste a retirarse a la segunda línea de trincheras distante de la primera de tres a cuatro kilómetros. Según los últimos telegramas continúa la lucha sin descanso en aquella región.

línea hubieron prontamente de abandonarlas; en los Vosgos, se señala una progresión notable en las grandes trincheras, pero últimamente una violenta tempestad ha obligado a suspender de momento las operaciones.

En todas las operaciones que dejamos reseñadas los aliados han hecho numerosos prisioneros y han cogido abundante material de guerra.

Los alemanes, después de afirmar que la ofensiva durante tantos meses preparada por los ingleses y franceses ha sido emprendida en todo el frente sin que los ataques hayan dado ningún resultado palpable, dicen que han rechazado un ataque inglés en el ala Norte entre los ferrocarriles de Ipré y Roulers y a Comines y otro al Norte y al Sur de Loos, sin que los aliados consiguiesen en aquel sector ningún resultado y sufriendo, en cambio, grandes pérdidas; que los aliados consiguieron, al Sudoeste de Lila hacer retroceder una división alemana desde las posiciones avanzadas hasta la segunda línea de defensa, causándole grandes pérdidas y cogiéndole mucho material, pero que luego ellos contraatacaron y pudieron detener la ofensiva enemiga; que, después de haber evacuado voluntariamente las ruinas del pueblo de Souchez, rechazaron los sucesivos ataques de los aliados en toda aquella región de Arrás; que en el sector entre Reims y el Argona, una división alemana hubo de abandonar la línea avanzada y tomar posiciones en la segunda línea, distante de la primera dos o tres kilómetros, pero que después rechazaron todos los posteriores ataques en aquella región, habiendo fracasado los intentos del enemigo

Según los propios alemanes varios buques ingleses bombardearon Zeebrugge, habiendo resultado infructuoso el ataque y habiéndose retirado la escuadra enemiga después de haber perdido un buque y sufrido averías otros dos.

*Teatro de la guerra oriental.* — Los rusos han hecho saltar un puente sobre el río Aa; han derrotado a los alemanes en las orillas del Eckau, al Oeste de Riga, y en Friedrichstadt; han tomado dos pueblos al Oeste de Lennebaden, han obtenido éxitos favorables en los lagos inmediatos a Novo-Alexandrow, rechazando varios ataques en las cercanías de esta población; en la región del Vilia y de Molodetscho se han apoderado de varias localidades; han hecho retroceder al enemigo en la región del Gawia, pero, a su vez, han tenido que replegarse al Este de Vilna; han expulsado a los alemanes de Vileika; han atravesado el canal de Oyinski y el río Jasiolda, junto al Pripet; han ocupado Logischin y dos pueblos situados al Sur del Pripet; han recuperado la plaza fuerte de Lutsk; han tomado algunos pueblos en los valles del Styr y del Ikwa y entre el Strypa y el Sereth; han obligado a los alemanes a retirarse al otro lado del Kremenetz y a retroceder en la región limítrofe de Galizia; pero, a su vez, ante el horrible fuego de la artillería enemiga se han visto precisados a replegarse junto al Ikwa.

Los austro-alemanes han rechazado a los rusos al Sudoeste de Lennebaden reconquistando dos pueblos; han tomado nuevas posiciones en el frente Sudoeste de Dunaburg penetrando en las rusas en una extensión de tres kilómetros; han avanzado al No-



Fiesta popular al estilo bávaro organizada por los soldados alemanes en territorio enemigo durante un período de descanso. - Uno de los teatros instalados en la plaza de recreo,

roeste y al Sudoeste del Oschmianka, llegando hasta la región de Lida, cruzando el paso del Gawia a ambos lados de Subonitkiz y quebrantando allí la resistencia rusa; han asaltado las posiciones enemigas sobre la orilla derecha del Michanka a ambos lados del ferrocarril de Brest-Litovsk a Minsk; han seguido progresando entre Krewo y Wischnew; han limpiado de enemigos la orilla Oeste del Niemen, hacia el Serwetch y el Schara; han cruzado el Moltschad, llegando hasta la línea Sudeste de este río, al Oeste de Ostrow; al Noroeste de Saberestina han echado a los rusos al otro lado del riachuelo Beresina; han llegado al Norte de la región de Novogrudok, obligando a los rusos a rebasar la línea Saljesje-Olschany-Novogrudok; han asaltado



Los prisioneros civiles ingleses en el campo de concentración de Ruhleben (Alemania). - Cartel anunciando una representación teatral.

puntos del Tirol, desalojando al enemigo de varias posiciones; han rechazado en Carnia ataques en las pendientes al Este de Monte Piano; y en la montaña de Flitsch, en la región del Isonzo, han obligado a los italianos a retirarse a sus antiguas posiciones.

*En los Dardanelos.* - Las operaciones se han reducido a luchas de artillería y a algunos ataques parciales favorables unos a los aliados y a los turcos otros.

*En Servia.* - Los austriacos han bombardeado varias posiciones enemigas en el sector de Belgrado y en el río Save.

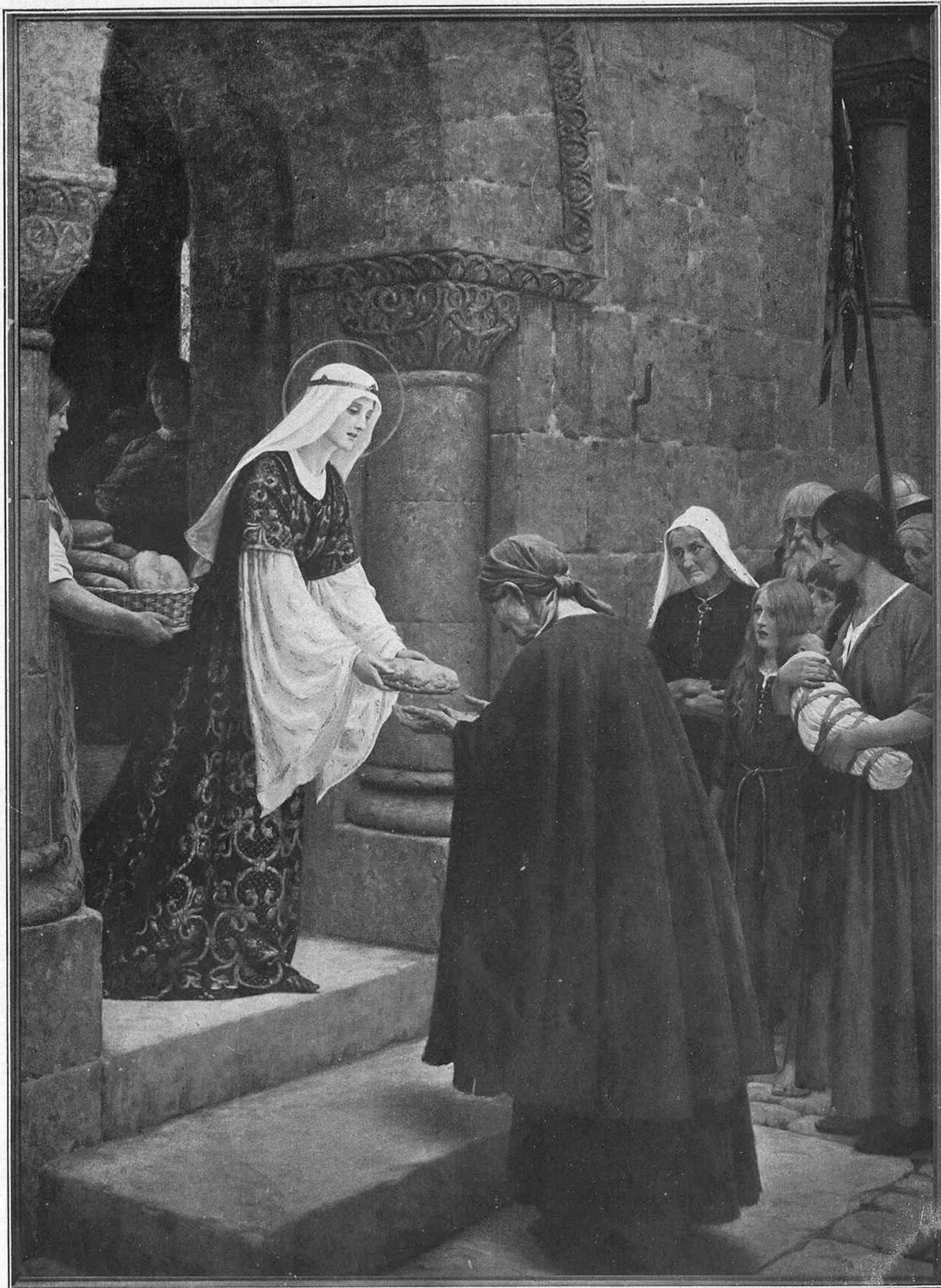
*Estados balcánicos.* - Bulgaria ha decretado la movilización de su ejército, lo que se considera como señal de su próxima intervención en la guerra europea al lado de los imperios centrales. Grecia ha contestado a esta movilización decretando también la de su ejército.

*La guerra aérea.* - Los aviadores han bombardeado en todos los teatros de la guerra posiciones y ciudades enemigas. Las principales operaciones han sido el bombardeo de Stuttgart por los franceses, y el de una escuadra rusa en el golfo de Riga por los alemanes.



Fiesta popular al estilo bávaro organizada por los soldados alemanes en territorio extranjero durante un período de descanso. - Un circo con diferentes atracciones

LONDRES. - EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA. 1915



SANTA ISABEL DISTRIBUYENDO PAN A LOS POBRES DURANTE EL HAMBRE DE 1226,  
cuadro de E. Blair Leighton. (Reproducción autorizada por los Sres. Cassell y C.<sup>ª</sup>, de Londres.)

LONDRES. - EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA. 1915



HERMANAS, cuadro de S. Melton Fisher  
(Reproducción autorizada por los Sres. Cassell y C.<sup>ª</sup>, de Londres.)

MADRID. - ACTUALIDADES TEATRALES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

*Charito la Samaritana*, protagonista de la comedia a la que su nombre da título, es una muchacha buena y honrada, pero el ambiente que la rodea, su degradada familia, los consejos de sus compañeras de taller y las asechanzas de ciertas gentes, la lanzan al teatro como cuple-

El éxito que esta obra ha obtenido débese principalmente al primer actor Sr. Morano, que ha hecho del protagonista un estudio profundo, concienzudo, desentrañando hasta en sus menores pliegues el carácter de aquel personaje, el eje sobre el cual gira, por decirlo así, toda la



Una escena de *Charito la Samaritana*, comedia en tres actos de los Sres. Asenjo y Torres del Alamo, estrenada con buen éxito en el Teatro de la Zarzuela

tista, aunque va impulsada también por su vanidad de mujer hermosa y deslumbrada por el ejemplo de las estrellas de *variétés*. A pesar de esta vida de teatro, de las *juergas* en que interviene y de la crápula que la rodea, *Charito* resiste a todas las tentaciones y rechaza las dádivas que con fines melévolos le ofrece un opulento protector, y se conserva fiel a su novio, un modesto periodista que la quiere honradamente y que se propone casarse con ella cuando mejore de fortuna.

El fracaso de estos románticos amores, el despego que le muestra su novio cuando ella se abandona a él entregándosele enteramente, la precipita en la corriente del mal, de la que hasta entonces había conseguido mantenerse apartada, haciéndola capitular ante los brillantes ofrecimientos de su interesado protector.

Esta comedia se desarrolla en varios cuadros muy felizmente observados y con personajes que son reproducción exacta de tipos que viven en ciertos medios sociales. El diálogo es chispeante y está profusamente sembrado de chistes y de lo que en el *argot* de algunas clases madrileñas se denomina *timos*.

En la ejecución se distinguen Nieves Suárez, Josefina Nestosa, las señoritas Gelabert y Díaz y los Sres. García Ortega, Gatuellas, Calle, López Alonso y Guirao que representan con singular acierto sus respectivos papeles.

En el Teatro de la Zarzuela se ha estrenado la comedia francesa de Octavio Mirbeau *Les affaires sont... les affaires*, traducida por el conocido escritor Carlos de Batlle con el título *El negocio es... el negocio*. Es una obra que hoy en día resulta algo anticuada y sobre todo es tan genuinamente francesa en su desarrollo, que en muchos puntos se hace de difícil adaptación al gusto español. Tiene, en cambio, la cualidad recomendable de que los caracteres de los principales personajes están bien trazados y sostenidos en toda la obra: así el protagonista, Isidoro Lechat, se nos revela como negociante sin entrañas para quien todos los medios son buenos si lo llevan a apoderarse del dinero de los demás, y en quien las consideraciones de familia y de amistad nada pueden ante el afán del lucro, bien o mal obtenido, hasta el punto de que, al tener noticia de que su hijo ha muerto víctima de un accidente de automóvil, en vez de correr desolado a estrechar entre sus brazos el cadáver, se entretiene en corregir unos documentos con los cuales intentan engañarle dos vivedores de mala especie. La esposa es el tipo de la pobre mujer, arrastrada, a su pesar, por la vida vertiginosa de su marido, víctima resignada de la desmesurada ambición y de la falta de escrúpulos de aquel hombre; en cambio, Germana, la hija, hácese repulsiva con su conducta desordenada, que acaba por hacerle abandonar la casa de sus padres.

obra, y representando con verdadera maestría el tipo de aquel hombre en quien Mirbeau ha personificado la fiebre del oro, el afán de los negocios, el ansia de enriquecerse a toda costa y sin reparar en los procedimientos que ha de emplear para obtener este resultado.

Morano ha logrado un verdadero triunfo, que ha compartido con él la notable primera actriz Amparo Villegas que dió interés, delicadeza y emoción al personaje por ella interpretado.

Los demás actores contribuyen al éxito del conjunto.

La traducción de Carlos de Batlle está concienzudamente hecha y es reproducción fiel del original, sin más variaciones que algunos cortes.

La presentación escénica de la obra ha sido excelente.

La nueva revista de los Sres. Perrín y Palacios titulada *Las castañuelas* y estrenada con gran éxito en el teatro Apolo, es, como todas las producciones análogas de tan aplaudidos autores, una obra bien construída, con personajes acertadamente observados y escrita con mucho gracejo.

Un hombre, entregado a la más profunda melancolía, vive en el más desesperante aburrimiento, sin que nada ni nadie logre entretenerle ni divertirle; pero un día cierto bohemio le regala unas castañuelas maravillosas merced a las cuales podrá entrar en el palacio de Momo, y una vez ha penetrado en éste, una colección de muchachas bonitas y alegres consiguen trocar su aburrimiento y su melancolía en el humor más regocijado.

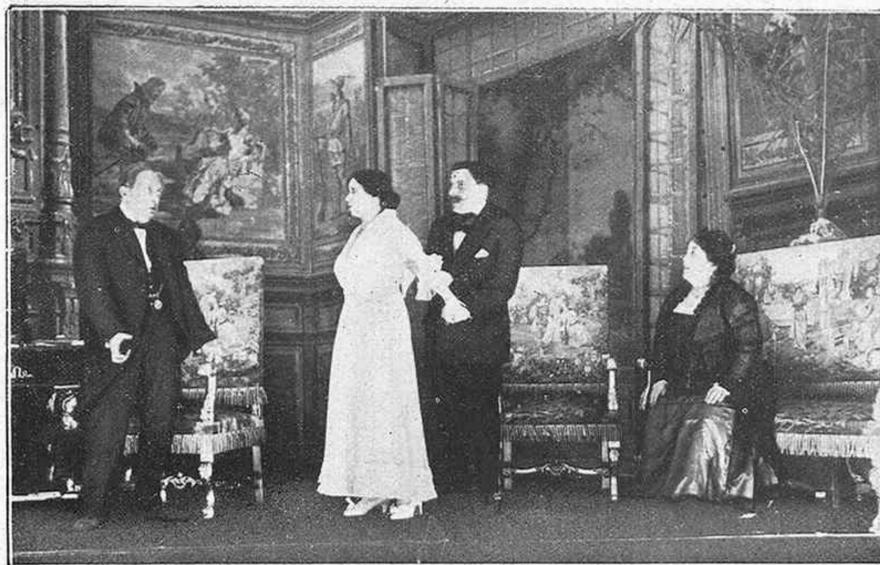
Este argumento, con su natural acompañamiento de chulas, toreros, bailadoras, estudiantes y demás gentes apropiadas a esta clase de revistas, se desarrolla en una serie de cuadros vistosísimos que la empresa de Apolo ha presentado con verdadera esplendidez.

El reputado escenógrafo señor Muriel ha pintado algunas decoraciones de fantástico efecto; y el atrezzo y el vestuario se distinguen por el lujo y la elegancia.

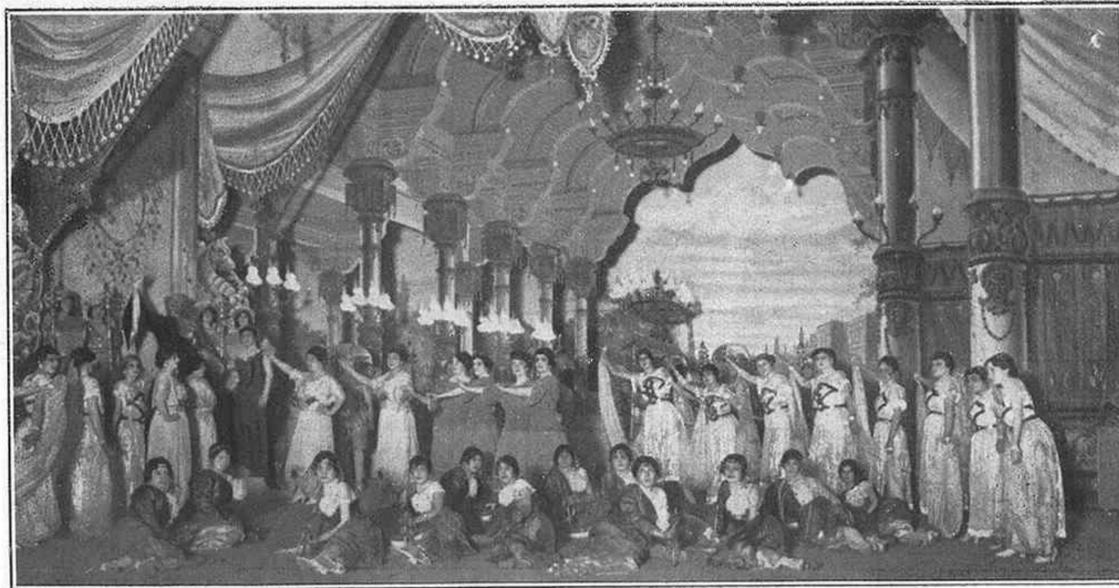
El maestro Giménez ha escrito para *Las castañuelas* una música agradable, ligera, como corresponde a revistas de este género; sobresalen en ella dos números, un terceto y un schotis muy lindos, que todas las noches han de repetirse a instancias del público.

En la ejecución se distingue de un modo especial Casimiro Ortas, en el papel de hombre melancólico y aburrido, del que hace una verdadera creación; las hermanas Rosario y Rafaela Leonis, Consuelo Mayendía, María Teresa Tella-eche, Victoria Argota, Julia Domínguez, María Montes y los señores Moncayo, Sánchez del Pino y Rufart, logran muchos y merecidos aplausos en sus respectivos papeles.

La nueva revista de los Sres. Perrín y Palacios se sostendrá seguramente largo tiempo en el cartel.



Una escena de *El negocio es el negocio*, comedia en tres actos de Octavio Mirbeau, traducida por Carlos de Batlle, estrenada con buen éxito en el Teatro de la Princesa



Una escena de *Las castañuelas*, revista en un acto y cinco cuadros de los Sres. Perrín y Palacios, estrenada con buen éxito en el Teatro de Apolo

La nueva revista de los Sres. Perrín y Palacios se sostendrá seguramente largo tiempo en el cartel.

## MI TIO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONTINUACIÓN.)

- Un casino situado más allá de la frontera, contesta doña Herminia, y Bosost es el primer pueblo español que se encuentra siguiendo la carretera de Aragón.

- ¡Cómo!, exclama Florencio: ¿tan cerca estamos de España..., el país de los mirtos y de los naranjos?

- Sí, replica su compañera; muchos bañistas van por la mañana y regresan a la tarde. Puede usted hacer otro tanto, si quiere.

- ¡Eh, eh!, murmura cediendo ya a la tentación; iría de buena gana, señora, si usted se dignase acompañarme.

- ¿Y el Sr. Silmont, también irá?, pregunta la dama dirigiéndose a Miguel con aire poco halagüeño.

- ¡Oh!, yo, replica sarcásticamente el sobrino, iré o no iré, según lo que mi tío decida.

- Entonces, dice en conclusión la señora de Val-Clavín, con un imperceptible fruncimiento de cejas, hablaremos de ello esta noche...

El día cae poco a poco.

En los hoteles del paseo, el toque de campanas y vibrantes clamores de batintines anuncian la hora de las comidas.

- Llegamos a punto, dice Florencio, en quien el paseo ha abierto el apetito y la alegría; ¿comeremos en la mesa redonda, o prefiere usted una comida íntima en salón aparte?

- ¡Ni por pienso!, objeta ella púdicamente bajando los ojos; usted olvida, señor mío, que en mi situación tengo que guardar una rigurosa reserva. No, no, comeremos honesta y simplemente en la mesa redonda.

- Está visto, pensó Miguel, que es muy lagarta. Hará de mi pobre tío lo que dé la gana.

La mesa redonda en que van a comer es bastante cosmopolita: ingleses, franceses y españoles de ambos sexos se codean aquí familiarmente.

Después de los postres, Miguel deja a su tío engolfado en una discusión política general, y sale a fumar un cigarro en el paseo.

La noche ha cerrado, pero la animación de las alamedas de Etigny no se ha extinguido. Bañistas y turistas se codean en las avenidas iluminadas por la reverberación de las luces de gas de las tiendas.

Varios muchachos se meten por entre los grupos pregonando el *Figaro*, el *Gaulois* y el *Gil Blas*.

A lo lejos, por entre el ramaje, se entrevé la iluminación del casino y se oyen pasajes de los valeses que una orquesta ejecuta delante del establecimiento de baños. En medio de la agitación de este gentío ocioso y de estos rumores de fiesta, Silmont se siente tristemente solo.

Al cabo de una hora, se vuelve al hotel y encuentra a su tío ocupado en estudiar una guía nueva que ha comprado.

- La señora de Val-Clavín estaba cansada, dice a su sobrino, y la acompañé a su habitación. ¡Ah!, amigo mío, ¡qué mujer tan subyugadora! Cuanto más la voy conociendo, más la aprecio. A la gracia del rostro une todas las cualidades del espíritu, todas las delicadezas del corazón... Sensible, generosa, abnegada, posee además una distinción natural, un modo de andar, de hablar y hasta de comer que nadie tiene más que ella...

- Sí, murmura irónicamente Miguel, habla, anda y come en el teatro... Seguramente ha representado comedias en alguna parte.

- ¡Bellaco! ¿Vas a insinuar ahora que ha pisado las tablas?.. Para un novelista, no eres muy buen observador, amigo mío, o te dejas cegar por tu animosidad. Al ver la sistemática malevolencia con que juzgas a doña Herminia, cualquiera creería que no le perdonas las atenciones que me tiene y que estás celoso.

- Tranquilízate, tío; no tengo la menor intención de disputarte la conquista.

- Sí... Están verdes... No importa, hay que ser singularmente obtuso o injusto para asimilar la señora de Val-Clavín a una comedianta. A Dios gracias, no tiene el aire ni las costumbres de una mujer de teatro.

- Tu incalificable antipatía es la que te lleva a ti más lejos de lo que conviene... ¡Calla, hombre, que ya me tienes cargado con tus tonterías!

- Me callo... Solamente, antes de que sea demasiado tarde, te aconsejo que, en vez de leer tu guía, leas cierto capítulo de Balzac, titulado: «Lo que cuesta el amor a los viejos.»

Florencio se levanta como impulsado por un resorte y pone violentamente su Joanne sobre la mesa:

- ¡Viejo!, repite, furibundo, ¡viejo!.. ¡Como si yo fuera un hombre gastado!.. Has de saber, señor sobrino, que a veces doy lecciones, pero que no las recibo, y mucho menos de un mocoso. ¡Basta!.. ¡Buenas noches!

Empuja a Miguel hasta el cuarto contiguo y cierra cuidadosamente la puerta.

XX

Florencio Garaudel y la señora de Val-Clavín han adelantado su almuerzo, a fin de tomar a las once el *break* de Portillón en que tienen sus asientos tomados.

A pesar de la algarada de la vispera, Miguel ha creído deber acompañar a su tío hasta el coche.

Se reprocha haber tratado a Florencio algo duramente y haberlo exasperado en vez de convencerlo.

Esta mañana, habiéndole oído remover muebles en su cuarto, ha entreabierto la puerta de comunicación y se ha excusado lo mejor que ha podido.

- Ayer, ha dicho, me expresé con excesiva vivacidad; lo siento y no quiero que nos separemos con el peso de esa disputa sobre el corazón. Tío, olvida las palabras desacertadas que se me pudieron escapar en el calor de la discusión y hagamos las paces...

Florencio, desde luego, se ha mostrado muy digno; su frente ha permanecido sañuda y sus labios desdeñosos; sin embargo, ha agradecido el paso de su sobrino y le ha tendido la mano.

Miguel asiste al temprano almuerzo de los viajeros.

Florencio ha vuelto a ponerse su chaqué de orleáns y

su chaleco amarillo.

Doña Herminia estrena un traje sastre que hace valer la flexibilidad del talle y la redondez del busto, y sintiéndose ventajosamente vestida, se muestra de muy buen humor.

Como deben regresar para la comida, no se llevan más que una ligera manta de viaje y una casaca enrollada y atada con unas correas.

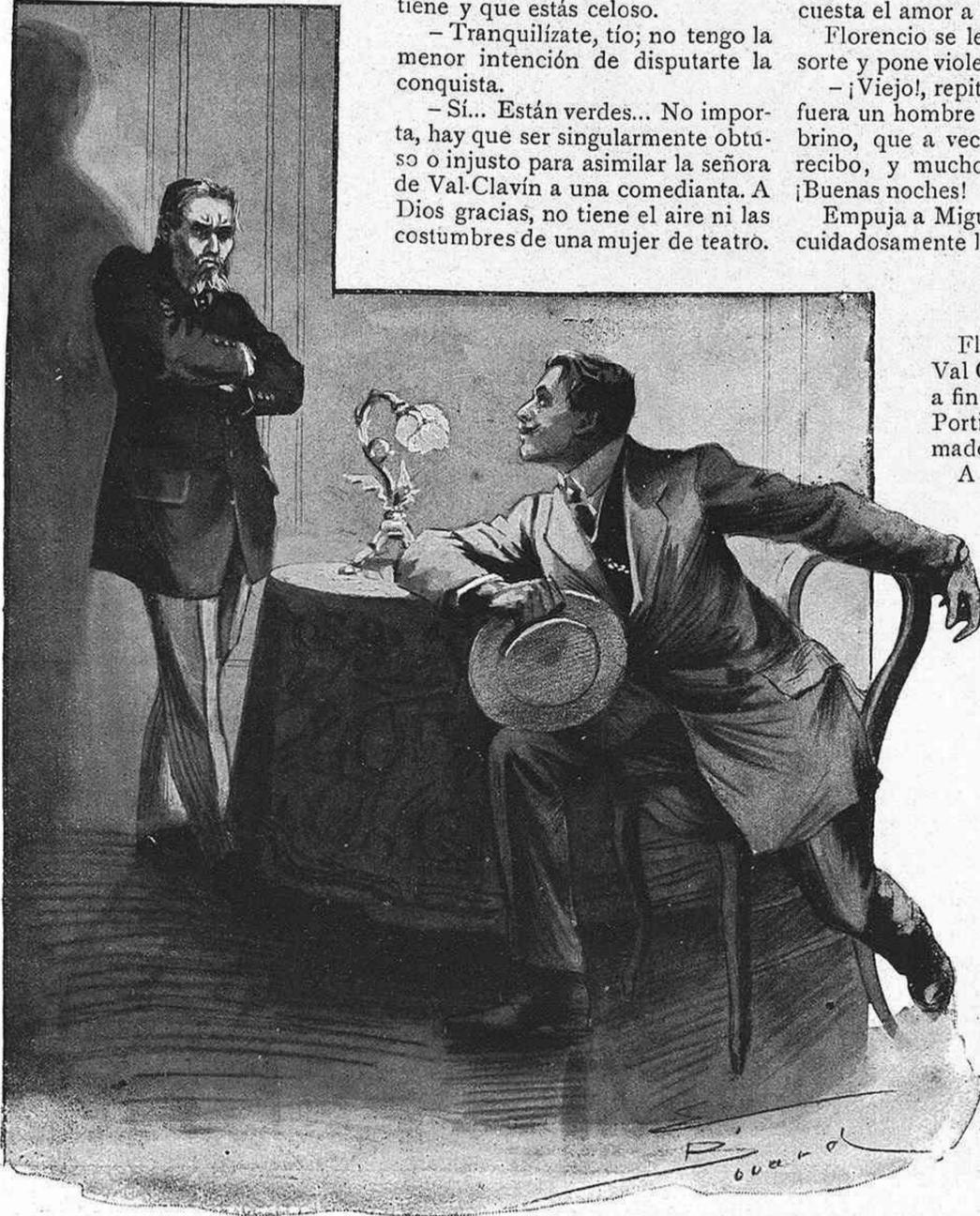
Después del café, se encaminan alegremente hacia el despacho de las mensajerías, donde el *break*, ya ocupado por numerosos excursionistas, está pronto a partir.

La señora de Val-Clavín sube con agilidad al coche.

En el momento de saltar al estribo, Florencio se detiene pensativo, se vuelve hacia su sobrino y le lleva aparte:

- Voy a pasar la frontera, murmura con el aire azorado de un hombre en marcha para Sevilla o Granada, y pienso que es prudente no llevar conmigo más que el dinero estrictamente necesario. Quiero confiarte mi cartera que contiene una carta de crédito sobre el *Comptoir d'escompte*... Guárdala cuidadosamente; me la devolverás a mi regreso...

Al mismo tiempo, saca la preciosa cartera y se la entrega a Miguel; luego, como los viajeros se impacientan, sube vivamente al coche, después de haber enviado a su sobrino un postrer gesto de recomendación.



- ¡Viejo!, repite, furibundo, ¡viejo!..

Si hubieses hablado, como yo, una hora a solas con ella, te verías obligado a confesar que es irreprochable bajo todos los conceptos... Puedes creerme: le he hecho una corte apasionada, y aun no he podido obtener ¡ni eso!

Al mismo tiempo, Garaudel hace restallar la uña del pulgar derecho entre sus dientes.

- ¡Naturalmente!, replica Miguel. Es maestra en el oficio, y sabe que cuanto más se haga desear, más dominio ejercerá sobre ti. Cuanto más te tiente, más te traerá al retortero.

- Eso lo veremos... ¡mañana mismo!, replica Florencio picado... A propósito, hemos resuelto ir a Portillón y, por esta vez, te suplicaré que no nos acompañes.

- ¡Ah!, ¿quiere llevarte a ese garito de Portillón?.. ¿Has renegado entonces de tus opiniones sobre la inmoralidad de los juegos de azar?

- No se trata de jugar a la ruleta... Este viaje es para mí una ocasión de llevar adelante mi conquista; por esto deseo estar solo y tener libertad de acción.

- Pues no te estorbaré; me quedaré aquí. Pero cuidado, tío; el sitio es peligroso, y te metes en un mal negocio.

- Te repito que no tengo intención de jugar... No soy ningún niño, ¡qué diantre!

- Lo que temo por ti no es la ruleta, sino esa embaucadora, que te llevará más lejos de lo que tú quieres ir.

Se cierra la portezuela, y los seis caballos parten al trote por la carretera de la Pique.

El *break* atraviesa Saint-Mamet y sube por un valle cubierto de pastos y de bosquecillos.

Florencio, contentísimo de poderse vanagloriar más tarde de haber visitado España en compañía de una mujer superior, mira alternativamente a doña Herminia que le sonríe y al camino animado por cascadas y sombreado por verdes aya-

les.

Poco a poco, la cuesta se hace más áspera y el país más peñascoso.

— Ya estamos en el puerto, murmura su bella amiga, en el límite de Francia y España.

Florencio aguza el oído, abre desencajadamente los ojos, respira con toda la fuerza de sus pulmones el aire más vivo, y encuentra que la campiña tiene ya un color español.

La vista de los carabineros de la aduana, la nueva sonoridad de los primeros vocablos aragoneses que oye pronunciar, le alegran el corazón, y cuando, después de una bajada, el carruaje se detiene bruscamente, se quita cándidamente el sombrero para saludar el paisaje que se descubre desde el primer recodo de la carretera: el valle de Arán con sus praderas de un verde suave, donde el sol platea las sinuosas aguas del Garona cerca de sus fuentes.

Abajo, a la izquierda, el pueblo de Bosost perfila sus techumbres de pizarra.

— ¡Estamos en Portillón!, grita el conductor; y los turistas se apean.

Delante de ellos, se destaca sobre el azul del cielo un edificio rectangular, blanqueado con cal. Un porche abovedado lo divide en dos partes desiguales.

El cuerpo de edificio de la izquierda abriga un café y un restaurán; en el de la derecha, más vasto, se abre bajo la bóveda una doble puerta sobre la cual se lee esta inscripción en francés:

#### CERCLE DE PORTILLON

La mayor parte de los viajeros del *break* se precipitan en esta dirección.

— ¿Adónde van?, pregunta Florencio, curioso.

— A la sala de juego, contesta Herminia con una estimulante sonrisa; ¿quiere usted que le demos un vistazo?

Florencio Garaudel se halla perplejo: no se fía, y una instintiva repugnancia le hace vacilar.

— ¡Bah!, insinúa su amiga; el verlo no cuesta nada.

Y como abre deliberadamente la puerta, Florencio se resigna a seguirla.

Se pasa desde luego a un vestíbulo que sirve de guardarropa; después un criado, que viste una librea muy usada, abre a los visitantes una segunda puerta y los introduce en la sala de juego.

Esta pieza oblonga, alumbrada por altas ventanas, está tapizada de andrinópolis rojo y someramente amueblada.

Una mesa de ruleta forma una T con otra mesa de treinta y cuarenta; entre las dos se halla un diván circular, de terciopelo granate, polvoriento y ajado.

Instalados en los extremos y en el centro, varios *croupiers*, de cara macilenta, gastados por numerosas estaciones en todos los garitos de Francia y del extranjero, agitan sus rastrillos.

Como no esperaban más que la llegada de los viajeros de Luchón, los jefes de la partida, después de haber destripado varios cartuchos de oro y contado algunos fajos de billetes de banco, pronuncian las palabras sacramentales:

— ¡Hagan juego, señores!..

Las monedas de cinco francos y los luis, dirigi-

dos por los rastrillos, se colocan ya sobre los cuadros o los números designados por los puntos.

Florencio, dando el brazo a su compañera, se ha detenido delante de uno de los cuadros de la ruleta y mira desdeñosamente las monedas de oro y plata que van y vienen sobre el tapete verde con pequeños ruidos metálicos.

monedas de cinco francos, echa una sobre el cuadro indicado y espera con el corazón palpitante...

— ¡Quince, grita el jefe de la partida, negro, impar y falta!

— ¿Qué le dije a usted?, exclama doña Herminia triunfante... Si quiere creerme, dejará usted su puesta y su ganancia en el mismo cuadro.

Florencio Garaudel obedece sin comprender, y esta vez, también vuelve a ganar la segunda decena.

— Está usted de suerte, aproveche la racha, murmura la inspiradora; probemos ahora un gran golpe, juegue usted un luis al 17.

Obedeciendo, Florencio hace un gesto de disgusto y sigue apenado con la vista sus veinte francos que le parecen muy comprometidos.

El giro de la ruleta le da vértigos, su camisa se empapa de sudor entre los hombros.

Después de dos o tres rebotes que repercuten en el corazón del punto, la bola, por una de esas diabólicas casualidades que se manifiestan de vez en cuando, se detiene al fin en el número 17.

Florencio, deslumbrado, absorto, ve acercársele, empujados por el mágico rastrillo, setecientos francos en oro... treinta y cinco veces la puesta...

El *croupier*, su vecino, levanta sus pesados párpados y le mira con benevolencia, mientras que los jugadores desgraciados dirigen miradas de envidia a las monedas de oro que cuenta con temblorosa mano.

A partir de este momento, se adiestra y se anima. Con mucho aplomo apunta intrépidamente según su inspiración o capricho. Arriesga puestas en las transversales, en los caballos, en los cuadros, y a menudo con suerte.

Se halla tan dominado por la emoción, tan entregado a sus combinaciones, que no hace caso de un tiroteo lejano, que se oye fuera.

El personal del establecimiento aguza el oído. Una vieja española corre a una de las ventanas y balbucea con voz ahogada por el miedo:

— ¡Jesús!, ¡los carlistas!

Al mismo tiempo se oye la desbandada de los carabineros, atacados por sorpresa por una partida carlista, o así llamada al menos, que se ha levantado en armas y merodea por esta parte de los Pirineos.

Azorados, puntos y banqueros se disponen a disimular la banca y las apuestas; pero ya es demasiado tarde.

Resuenan culatazos de fusil en el vestíbulo; la puerta del fondo se abre de par en par y un intruso, revólver en mano, aparece en el umbral.

— Estamos perdidos, murmura un *croupier*, es el Telaraña en persona.

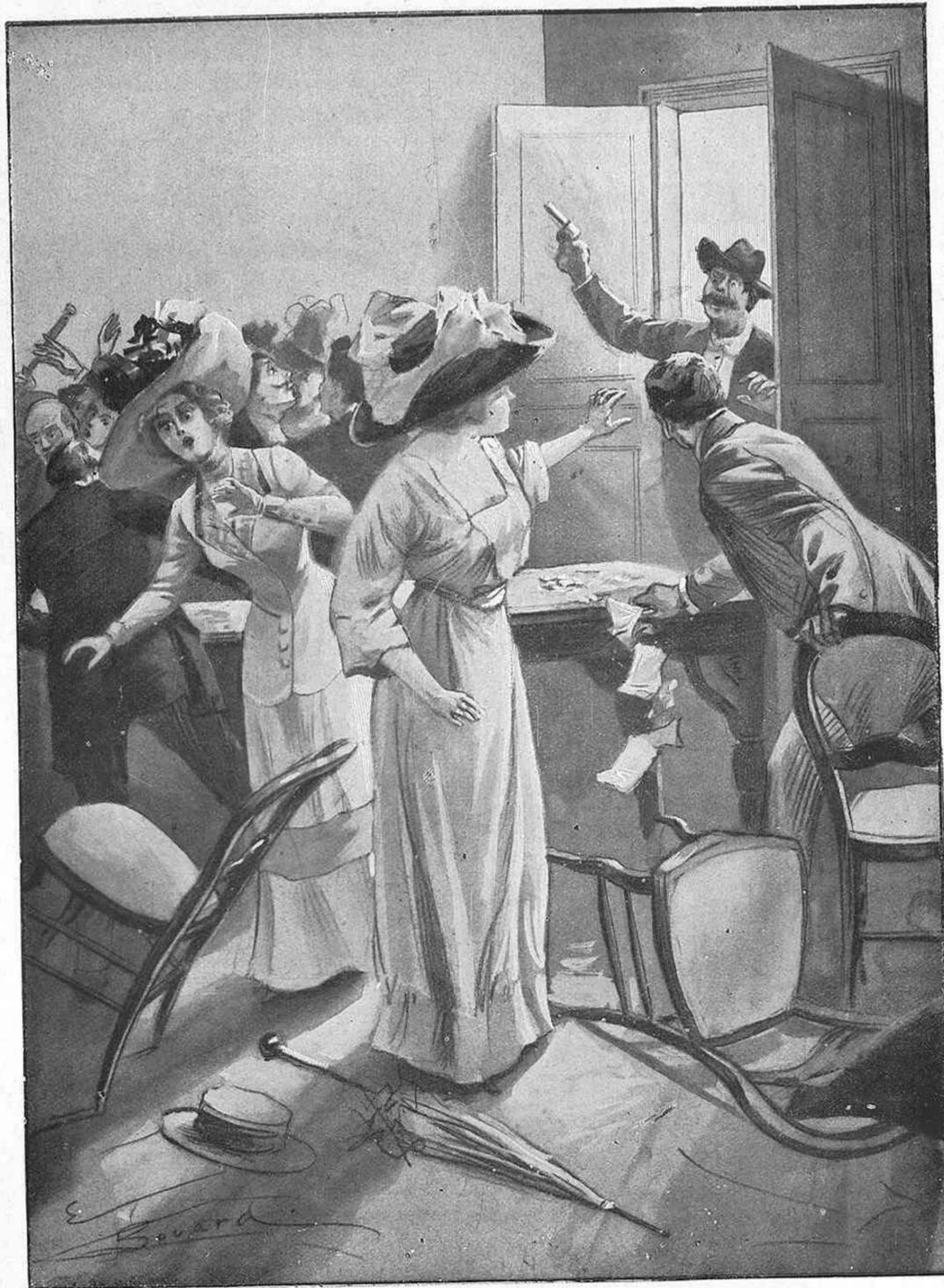
El cabecilla es un hombrón robusto, atezado, de mirada ladina y solapada, y de labios que sonríen irónicamente bajo unos bigotes negros.

Viste de campesino aragonés, con una presilla de plata y una escarapela en un sombrero de fieltro que lleva por encima del clásico pañuelo atado a la cabeza.

Del cinto que le aprieta el vientre algo voluminoso, salen el mango de una navaja y la culata de otro revólver.

— ¡Caballeros!, grita con arrogancia, ¡que nadie se mueva! ¡Bien que sería inútil! Está cercada la casa y guardadas las salidas.

Luego añade con una sonrisa socarrona: — Tranquilícense ustedes; no se les hará ningún daño... Solamente se trata de hacer efectivo un impuesto de guerra... Sírvanse ustedes entregar su dinero, sin defraudarnos en una peseta. A fe de Telaraña que el que trate de engañarme pasará un mal rato...



... la puerta del fondo se abre de par en par y un intruso, revólver en mano, aparece en el umbral

— ¿Eso no le tienta a usted?, murmura doña Herminia.

— No, señora, replica él; lo encuentro inmoral y es la primera vez que pongo los pies en una casa de juego.

— ¿De veras?, ¿No ha jugado usted nunca?

— ¡Nunca!

— Entonces es usted una «mascota» y ganaría de seguro.

— Es enteramente contrario a mis principios, declara el exdroguista.

Sin embargo, esta zarabanda de escudos y luis le hipnotiza insensiblemente. Como todos los novicios, fija sobre todo su atención en las ganancias de los que juegan con suerte.

Tiene comezones en las sienas y calofríos en la espalda durante el minuto que transcurre entre el movimiento giratorio de la bola y la proclamación del número que gana.

Poco a poco sus escrúpulos disminuyen y sus resoluciones flaquean.

— Es necesario, absolutamente, que pruebe usted su suerte, insiste Herminia con una mirada zalameira. Venga usted, yo le haré indicaciones.

Le explica someramente las diversas combinaciones del juego: las transversales sencillas o dobles, los cuadros, los caballos, los llenos, y le obliga luego a sentarse al lado de un *croupier*.

— Juegue usted sobre los doce de en medio, añaden con su voz más insinuante.

Florencio saca penosamente de su bolsillo algunas

Terminado este discurso, se aparta para dejar pasar una docena de guerrilleros haraposos, quienes tienden con una mano su sombrero grasiento y con la otra apuntan un revólver.

Se apoderan sucesivamente de la caja de los banqueros, de las monedas dejadas sobre el tapete y del dinero de los jugadores...

Éstos se dejan saquear sin decir una palabra.

Doña Herminia, con una risueña sangre fría, ofrece de buen grado las pocas monedas de cinco francos que posee.

Pero no sucede lo mismo con Florencio Garaudel. Su temperamento de lorenés se exaspera a la idea de que ese dinero, ganado con el sudor de su cuerpo, va a pasar a manos de los guerrilleros.

Se amosca, se mete las manos en los bolsillos y trata de hacer una heroica defensa.

—No obran ustedes como soldados, sino como bandidos, grita a sus agresores; no me arrancarán mi dinero sino con mi vida... Soy francés, amigo de D. Carlos, y protesto.

Sus gritos llaman la atención del cabecilla:

—¡Hombre!, ¿qué dice ese hablador?.. Apoderaos de él y llevadlo al campamento... Me explicaré con él cuando lleguemos a Bosost.

En un abrir y cerrar de ojos, el pobre Florencio, saqueado y maniatado, queda al cuidado de cuatro sólidos montañeses de mala catadura.

Van a llevárselo, cuando doña Herminia, vivamente emocionada, interviene y trata de ablandar a Telaraña.

—Capitán, le suplico; tenga usted compasión del pobre hombre... Ha perdido la cabeza.

El cabecilla fija sus grandes ojos negros en la elegante dama, y la encuentra sin duda a su gusto, pues se inclina y pregunta cortésmente:

—¿Este caballero es amigo de usted?

—Es mi tío, contesta la señora de Val-Clavín dirigiendo a Florencio una mirada significativa.

—Lo siento mucho, señora, pero su pariente se ha hecho culpable de rebelión y me veo obligado a sumarlo... para hacer un ejemplar.

Dirigiéndose luego a los excursionistas aterrados, añade:

—En cuanto a ustedes, señoras y caballeros, no los retengo por más tiempo, quedan ustedes en libertad...

Se quita el sombrero y saluda.

Los jugadores se marchan apresuradamente, a excepción de doña Herminia que se queda inmóvil.

La hábil mujer reflexiona que le conviene quedarse valerosamente cerca del exdroguista, pues Florencio Garaudel, agradecido a su solicitud, no podrá rehusarle nada, y su fortuna para el porvenir dependerá de la abnegación que va a mostrar...

—Señora, añade el Telaraña, usted también queda libre.

—No, señor capitán, replica ella resueltamente, dirigiendo a su interlocutor una humilde y acariciadora mirada; ya que es usted implacable, permítame compartir la suerte de mi desventurado tío.

Estas generosas palabras penetran en el fondo del corazón del desgraciado Florencio, cuyos ojos se humedecen.

El cabecilla se sonríe y saluda:

—Bella señora, sus deseos son órdenes para mí... Sepa usted que no hacemos la guerra a las mujeres... Tendré mucho gusto en ofrecer a usted una modesta hospitalidad en mi campamento y pongo un caballo a su disposición para bajar a Bosost.

Al mismo tiempo, da las órdenes de marcha.

La partida forma en columna delante del porche.

Florencio, muy abatido, se deja subir y atar sobre el mulo que lleva el dinero cogido en la casa de juego.

Custodiado por un pelotón de facciosos armados hasta los dientes, el hombre no chista y se deja llevar en un estado lastimoso.

La pequeña columna desfila en buen orden por la carretera que baja a Bosost, mientras que, detrás, la señora de Val-Clavín cabalga al lado del cabecilla Telaraña, quien, chapurreando el francés, galantea a la seductora sobrina de Florencio Garaudel.

En Bosost, el tío es conducido al cuerpo de guardia del pueblo, adonde le acompañan el cabecilla y doña Herminia.

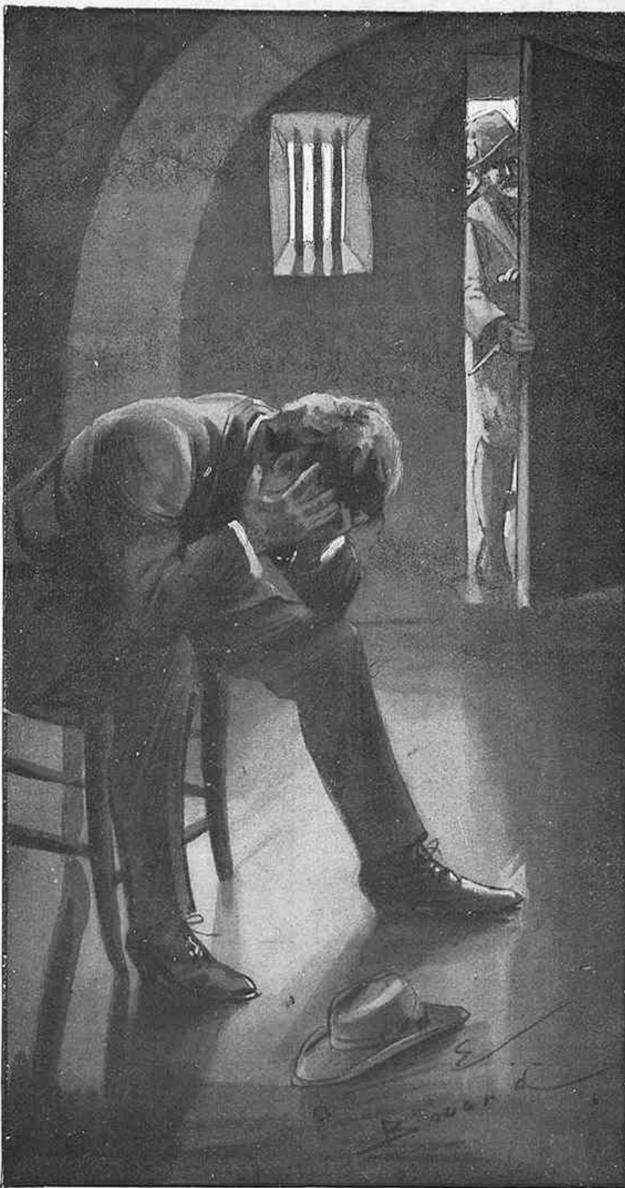
El alojamiento es miserable: una especie de bodega abovedada, que recibe luz del lado de la plaza por un respiradero provisto de una reja.

Por todo mobiliario, un catre, una mesa y un escaquel.

Dos facciosos desligan al cautivo y se retiran.

—Es usted mi prisionero, dice severamente Telaraña. Si quiere que se le trate con indulgencia, procure refrenar la lengua y ser más dócil en lo sucesivo... Podría aplicar a usted las leyes de guerra en todo su rigor, pero por consideración a su hermosa sobrina, me contentaré con exigir un buen rescate.

A pesar de hallarse tan deprimido, Florencio, a la palabra «rescate», recobra su actitud combativa, y, a pesar de la mímica discreta de doña Herminia, que trata de recomendarle la prudencia, se subleva y se indigna.



Abatido sobre la silla, Florencio oye cerrar la puerta de su calabozo

—¡Después de haberme saqueado, recrimina, quiere usted secuestrarme!.. ¡Cuidado, señor capitán! Yo no soy un cualquiera; soy oficial de Academia, y miembro de varias sociedades científicas. Tengo en Francia amigos influyentes y el gobierno de mi país le hará pagar a usted caros sus abusos de poder.

—¿De veras?, replica irónicamente Telaraña; célebre tener en mis manos a un personaje de tanta valía. Yo también soy amante de las ciencias, pues hice los estudios de segunda enseñanza en Huesca... No ignora cuán preciosos son los sabios para su país... Seguramente, el gobierno francés no querrá privarse de los servicios de usted. Por esto elevo su rescate a quinientas pesetas... Va usted a escribir en el acto a sus amigos influyentes a fin de que le envíen esa cantidad dentro de cuarenta y ocho horas... De lo contrario, será usted fusilado.

—¿Quinientas pesetas?, murmura el tío Florencio sofocado; ¿no le da a usted vergüenza?

—¡Basta!, replica el capitán; le abandono a sus reflexiones... Dentro de un momento, la señora volverá con recado de escribir, y encontraremos un campesino que lleve el telegrama a Luchón... ¡Ea!, ¡buenas tardes!

Se inclina ante la señora de Val-Clavín y sale con ella.

Abatido sobre la silla, Florencio Garaudel oye cerrar la puerta de su calabozo con doble vuelta de llave.

Un cuarto de hora después, vuelve a abrirse.

Doña Herminia reaparece con un muchacho que trae recado de escribir, y algunos víveres en una cesta.

A la vista de su protectora, Florencio siente disminuir la tensión de sus nervios y derretirse su corazón.

—Señora, gime lacrimoso, ¿en qué avispero nos hemos metido!.. ¡Cuánto le agradezco que no me haya abandonado!.. Ha sido usted mi providencia... ¡Es usted un ángel!

—¡Mi pobre amigo!, contesta ella con una compasiva sonrisa; si yo soy un ángel, usted es gran imprudente. Esta tarde ha cometido usted torpeza tras torpeza, y debe usted darse por muy dichoso con salir del paso a tan poca costa...

—¡Qué idea tan fatal la de ese viaje a Portillón!.. Yo no sé qué resolución tomar.

—La de escribir a su sobrino que venga a Bosost con bastante dinero... Este muchacho partirá al instante para Luchón. No vacile un minuto; cuanto más pronto se decida, menos durará su cautiverio.

Con hondos suspiros, Florencio coge la pluma y redacta un billete tan desolado como apremiante para Miguel Silmont; lo mete en un sobre y lo entrega a su amiga besándole la mano.

—El muchacho irá de prisa, prosigue la señora de Val-Clavín... En esta cesta encontrará usted algunas provisiones de boca. Como usted, procure dormir y no se desespere. Yo voy a cenar con ese Telaraña del demonio y abogaré por la causa de usted. Con diplomacia, quizás obtenga una rebaja.

—¡Es usted un ángel!, repite tristemente Florencio Garaudel.

—¡Vamos!, ánimo, amigo mío... Piense que yo estoy aquí y que no le abandonaré. Mañana, temprano, vendré a verle, añade inclinándose tiernamente hacia el prisionero y besándole en la frente.

Se esquila y la pesada puerta es cerrada de nuevo.

Florencio se apoya de codos sobre la mesa, se mete los puños en los ojos y murmura:

—¡Fatal idea la de haber ido a ese maldito Portillón!

Maquinalmente examina el contenido de la cesta: un chorizo, un pan mal fermentado, un poco de uva y un botijo de agua.

Come dos o tres bocados del chorizo atrozmente rancio, y los escupe porque le da asco. Ataca las uvas y el pan, y, después de tan frugal comida, se pasea furioso por su prisión.

Pero pronto se cansa de esta maniobra de oso, se echa gimiendo en el catre y trata de dormir...

El crepúsculo baja lentamente sobre Bosost; el calabozo se queda a oscuras.

Un centinela se pasea delante del cuerpo de guardia.

A lo lejos se oye un rasgueo de guitarra y una voz ruda canta una antigua copla con aire de jota aragonesa:

Las mujeres y las gatas  
son una misma familia,  
que a lo mejor nos arañan  
en haciéndoles caricias.

XXI

DIARIO DE MIGUEL

Después de haber visto huir el *break* que lleva mi tío a Portillón, he ido a Correos, esperando encontrar allí una carta o un telegrama de Dionisia.

He tenido una triste decepción y me he visto reducido a pasear mi disgusto por las alamedas del parque.

Errando al azar bajo los tulíferos y las catalpas de los tresbolillos, codeando, sin mirarlos, a los transeúntes que van a sus negocios o a sus placeres, y que me rozan sin prestarme más atención de la que yo les concedo, todo lo veo negro y me forjo angustiosas quimeras.

Hace tres días que la señorita Suzor me dejó en la Hourque, tres días solamente, y a mí se me figura que hace ya semanas que está ausente.

En vano pienso que si el Sr. Egrefeuil ha ido en busca de Sol hasta San Sebastián, no ha podido llegar a la ciudad guipuzcoana hasta el lunes por la noche lo más pronto, y que, por consiguiente, la carta de mi amiga, dirigida a Bagnères de Bigorra, el martes, no me será remitida aquí hasta esta noche o mañana por la mañana. A pesar de estos razonamientos, no estoy tranquilo.

Sólo de pensar en ese viaje de veinticuatro horas en compañía del azucarero, mi cabeza arde y mi imaginación divaga.

No me siento capaz de soportar por más tiempo la incertidumbre que me atormenta, y me propongo, a la vuelta de mi tío, manifestarle mi intención de regresar a París.

(Se continuará.)

BARCELONA. - UNA FIESTA SIMPÁTICA DEDICADA POR EL FABRICANTE SR. HEUSCH A SUS EMPLEADOS Y OBREROS



Llegada del Sr. Heusch a la Avenida del Tibidabo para dirigirse al sitio en donde había de celebrarse la comida campestre



Personal de la casa Heusch esperando en la Avenida del Tibidabo la llegada de su principal. - Baile campestre antes de la comida



Comida de 500 cubiertos en el bosque. - El Sr. Heusch y el alto personal de la casa presidiendo el banquete



El Sr. Heusch entregando un regalo al Sr. Niessen, decano del personal de su casa. - El Sr. Heusch dando las gracias al personal de su casa  
(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

EN LA FRONTERA  
DE TEXAS Y MÉXICO

Continúa el estado revolucionario en la nación mexicana, dividida en multitud de bandos que luchan encarnizadamente en la más horrible de las guerras civiles.

Desde la destitución de Porfirio Díaz y tras un corto período de relativa calma bajo la presidencia de Francisco Madero, que murió asesinado, reina en México una situación que parece insostenible y que, sin embargo, viene sosteniéndose hace mucho tiempo.

Carranza, Zapata, Villa, Urbina y tantos otros caudillos hallan al frente de sendos ejércitos y dominando cada uno una parte del país.

Los Estados Unidos, que debieran ser los primeros interesados en restablecer la normalidad en México, nada hacen en este sentido, limitándose únicamente a defender la zona fronteriza de Texas contra las incursio-

nes de los que, aprovechándose de tal estado de cosas, se dedican al robo de ganados y al contrabando.

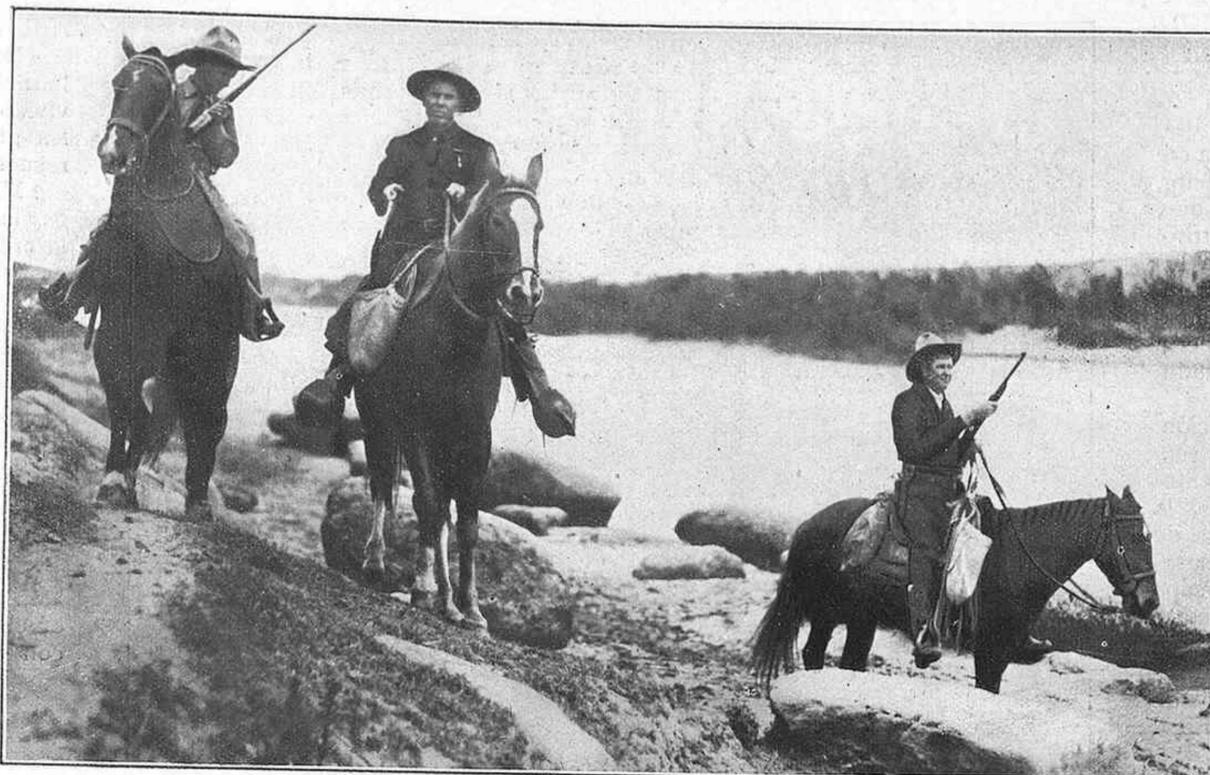
Para ello han creado un cuerpo de guardias especiales que dividido en patrullas recorre la frontera a fin de evitar toda agresión. Estas patrullas, que constituyen una especie de caballería de *cow boys* sostiene a menudo sangrientos combates con ladrones y contrabandistas de nacionalidad mexicana, existiendo entre los Estados Unidos y México un tratado que autoriza a las tropas de ambas naciones a cruzar hasta cierta zona las respectivas fronteras en persecución de aquella clase de malhechores que siempre abundan en los territorios fronterizos.

UNA FIESTA  
SIMPÁTICA

(Véase la lámina de la página anterior.)

El conocido fabricante de Barcelona D. Hugo Heusch, para festejar el vigésimoquinto aniversario de la fundación de su fábrica y al mismo tiempo su quincuagésimo cumpleaños, obsequió a sus empleados y obreros con una fiesta sumamente simpática que se celebró en la pintoresca montaña del Tibidabo.

En la Avenida del Tibidabo, más de 500 obreros esperaban al señor Heusch, que a las once llegó allí guiando un *mail-coach* tirado por cuatro caballos, y seguidamente dirigieron todos al lugar indicado para la comida,



Guardias de Texas en la frontera mexicana encargados de vigilar y proteger la zona fronteriza de Texas y México  
(De fotografía tomada en Laredo (Texas) y remitida por Carlos Trampus.)

los vínculos de afecto que existen entre el Sr. Heusch y el personal que trabaja a sus órdenes.

en donde se improvisó un animado baile.

El banquete fué espléndido, reinando entre todos los comensales la mayor alegría y pronunciándose al final del mismo cordiales brindis.

Después se elevaron globos grotescos, hubo juegos, bailes y tómbolas, y el Sr. Heusch entregó un regalo al empleado más antiguo, D. Nicolás Niessen, y pronunció sentidas frases agradeciendo a sus obreros el celo y la lealtad con que le servían.

Terminó tan agradable jornada con un animado desfile, en el que cada uno de los obreros llevaba un farolillo de colores.

La fiesta fué hermosa y digna de alabanza por el espíritu de armonía y cariño que reinó en ella y que patentizó una vez más

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN  
por autores o editores

LA GUERRA ALEMANA Y EL CATOLICISMO. - Bajo la dirección de Mons. A. Baudrillard, rector del Instituto Católico de París, y bajo el alto patronato del Comité Católico de Propaganda francesa en el extranjero se ha publicado este libro que la índole de nuestro periódico y la actitud absolutamente neutral que en él hemos adoptado nos impiden comentar. Nos limitaremos, pues, a reproducir el sumario de las materias en el mismo contenidas: Carta del cardenal Amette, arzobispo de París; Las leyes cristianas de la guerra, por el canónigo B. Gaudreau; El papel católico de Francia en el mundo; La guerra a las iglesias y a los sacerdotes, por F. Veullot; Los capellanes militares y la situación del sacerdote en el ejército francés, por el canónigo Gouget; La religión de nuestros soldados, por el canónigo Ardant; La profundidad del movimiento religioso en el ejército francés; Documentos pontificales y episcopales relativos a la guerra; Respuesta del Instituto Católico de París al manifiesto de los representantes de la Ciencia y del arte alemanes; Lista de eclesiásticos y religiosos muertos en la guerra. Un tomo de 332 páginas editado en París por Bloud y Gay; precio, 2,40 francos.

LECCIONES DE COSAS, por el Dr. G. Colomb. Adaptación hispanoamericana por el profesor Luis G. León. - Se ha publicado la 5.ª edición de esta popular obra del Dr. Colomb, subdirector del Laboratorio de Botánica de la Universidad de París, cuyos grabados e interesante texto han hecho las delicias de una generación de escolares, enseñándoles lo más culminante del mundo que nos rodea: piedras, metales, agua, aire, materias alimenticias, alumbrado, calefacción, electricidad, vestidos, vegetales, los enemigos y los aliados del hombre, las industrias, navegación aérea, conocimientos astronómicos, etcétera. En esta 5.ª edición se observa una revisión general de todas las figuras y de una buena parte del texto, así como la adición de nuevos capítulos que aumentan la extensión y el interés del libro. Un tomo de 156 páginas con 650 grabados, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, una peseta.



Entre amigas.

Ehrmann.

BERLÍN. — EL MONUMENTO  
AL MARISCAL HINDENBURG

En la Koenigsplatze, una de las plazas más importantes de Berlín, se ha erigido una estatua colosal del mariscal Hindenburg, como homenaje al caudillo que, después de arrojar de los territorios de la Prusia oriental a los ejércitos rusos que los habían invadido ha proseguido su campaña victoriosa llevando la guerra al Norte de Rusia en donde lucha actualmente.

Al acto de la inauguración, que se celebró el día 4 de septiembre último asistieron, entre otras altas personalidades, la princesa Alejandra Victoria de Slevig-Holstein-Sondenburg-Glucksburg, esposa del príncipe Augusto Guillermo, hijo cuarto del emperador, en representación de la familia imperial, el canciller del Imperio, Sr. Bethmann-Hollweg, la esposa del mariscal y el alcalde de Berlín.

El canciller del Imperio pronunció un discurso de tonos altamente patrióticos que finalizó con vivas al emperador.

El alcalde de Berlín se hizo cargo del monumento, pronunciando con este motivo elocuentes frases.

El público numerosísimo que asistió al acto vitoreó con entusiasmo al emperador y a Hindenburg.

Varios zeppelines y aeroplanos volaron sobre el sitio en que tuvo lugar la ceremonia.

La estatua, que es de madera y ha sido modelada según el proyecto de Jorge Marschall, no tardará seguramente en quedar forrada de hierro, pues el pueblo berlinés clava en ella clavos en tal cantidad que se calcula en más de 15.000 marcos el valor de los que se habían colocado a los quince días de haber sido aquella inaugurada. El primer clavo lo puso, el día de la inauguración, la princesa Alejandra Victoria en nombre del emperador.

Para clavar un clavo se paga una módica cantidad, destinándose todo lo que se recaude por este medio a fines benéficos.

EL GENERAL JOFFRE EN ITALIA

(Véase el grabado de la página 657.)

El generalísimo del ejército francés ha estado re-



Berlín. — Inauguración de la estatua colosal del general Hindenburg en la Koenigsplatze. La estatua es de madera y ha sido modelada según el proyecto del escultor J. Marschall. (De fotografía.)

cientemente en Italia, correspondiendo a la invitación que le hizo el Rey Víctor Manuel III. En compañía del monarca italiano y del general Cadorna recorrió el frente de batalla, llegando hasta las líneas más avanzadas.

Víctor Manuel III invitó al generalísimo francés a un frugal desayuno en Caporetto y le confirió la gran cruz de la Orden militar de Saboya, la más alta de las distinciones militares de Italia.

El general Joffre pasó dos días en el cuartel general italiano y al regresar a Francia expidió desde

francés y de sus más íntimos colaboradores, ha dejado en todos indelebles recuerdos de alta estima y de calurosa simpatía que estrecharán aún más la fe en el común ideal.

»Más allá de la frontera común, que no separa sino que une las fuerzas y las aspiraciones de nuestros dos países, mi pensamiento y mis votos personales os siguen hasta el bello ejército francés, ya coronado por la victoria, y miro con la más absoluta certidumbre el éxito final de los ejércitos aliados.»

Módena al general Cadorna el siguiente telegrama:

«Dejo el suelo de vuestro hermoso país, después de haber vivido en él dos días de los cuales guardaré fiel y agradecido recuerdo.»

»Me es muy grato daros las gracias por la acogida particularmente cordial que he recibido de vos y de todos vuestros colaboradores.»

»Os ruego que seáis mi intérprete cerca de S. M. el Rey y le expreséis toda mi respetuosa gratitud por la benevolencia grandísima que ha tenido a bien testimoniar, durante su estancia, al comandante en jefe de los ejércitos del Norte y del Nordeste de la República francesa.»

»Al lado de S. M. y a vuestro lado he tenido la dicha de pasar en el frente italiano, en contacto con vuestras magníficas tropas, esas horas rápidas que dejan en mi espíritu la más fuerte y mejor impresión.»

»Fraternalmente unido al ejército francés, que aplaude calurosamente vuestros primeros y brillantes éxitos, el ejército italiano camina con paso seguro a la victoria definitiva que las naciones aliadas sabrán lograr juntas en un mismo impulso y con un mismo corazón, por la libertad y la civilización.»

A este telegrama contestó el general en jefe del ejército italiano con otro concebido en estos términos:

«S. M. el Rey, que ha apreciado altamente el saludo por vos enviado en el momento de salir de Italia, me encarga que os reitere la expresión de su mayor consideración.»

»Por mi parte, quiero aseguraros que vuestra franca y afectuosa cordialidad ha encontrado en mi alma una perfecta comunidad de sentimientos.»

»La venida a Italia del jefe supremo del glorioso ejército

OBRAS COMPLETAS

DE

D. Angel Saavedra, Duque de Rivas

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Edición de lujo, hecha bajo la inteligente dirección del hijo del autor, que es la mejor garantía de la escrupulosidad y cariño con que se ha ejecutado este trabajo.

La ilustración debida a D. J. LUIS PELLICER y D. APELES MESTRES, ha sido reproducida fotográficamente de los dibujos originales de tan renombrados artistas.

Índice de la obra: TOMO I. — Poesías sueltas y Poemas cortos — TOMO II. — Romances históricos. — Leyendas. — TEATRO: *Tanto vales cuanto tienes*, comedia en tres actos — *Don Alvaro o la fuerza del sino*, drama original en cinco jornadas. — *Solaces de un prisionero o tres noches de Madrid*, comedia en tres jornadas. — *La morisma de Alajúz*, comedia en tres jornadas. — *El crisol de la lealtad*, comedia en tres jornadas. — *El desengaño de un sueño*, drama fantástico en cuatro actos. — PROSAS: *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello*, estudio histórico. — *Viajes*, *Artículos varios*, *Los héroes*, *El hospedador de provincia*, *El ventero*, etc.

Dos tomos encuadrados con planchas alegóricas. Se venden al precio de 30 pesetas.



Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN